

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica 1929 Sábado 26 de Enero

Núm. 4

## SUMARIO

Datos de un problema actual . . . . .	B. Sanin Cano	La Dirección de la Escuela Normal . . . . .	Luisa González
Charla desordenada sobre Gómez y el gomecismo (y 2) . . . . .	Gonzalo Carnevali	Página lírica . . . . .	Antonio Espina
Gonzalo Carnevali se ganó a Bogotá . . . . .	L. E. Nieto Caballero	Embajadas de buena voluntad . . . . .	Amanda Labarca
Noticia de libros . . . . .	Luis Bello y José M. Peralta	Carta a Gonzalo Carnevali . . . . .	Max Grillo
Vasconcelos vuelve a México . . . . .	Francisco García Calderón	Panamá, un pequeño gran pueblo . . . . .	Lorenzo Luzuriaga
Margarita Ogilvy (8) . . . . .	James M. Barrie	Bolivia y Paraguay . . . . .	Juan de Medina
		Testimonio . . . . .	José Pioján

Solicitamos un momento la atención de nuestros lectores para las cifras del pequeño cuadro siguiente, en donde hemos acumulado la superficie y la población de cuatro importantes estados de la Unión saxoamericana:

	Superficie Millas Cuadradas	Habitantes
Arizona . . . . .	113.810	333.909
Montana . . . . .	147.182	548.889
Nuevo México . . . . .	122.634	360.350
Wyoming . . . . .	97.914	194.402
Totales . . . . .	481.540	1.437.544

Estos datos son tomados del Statesman's Year Book, de 1922, y se refieren al último censo de aquellos estados. Colombia tiene una extensión superficial de 476.000 millas cuadradas, sin contar las centenas y una población de siete millones de habitantes. Por milla cuadrada aquel cuadro de los estados de la Unión cuya superficie es casi igual a la de Colombia, sostienen un promedio de 2,9, casi tres habitantes. El índice de población en la República de Colombia está representado por una cifra cinco veces más alta o sea 14,7. Donde aquellos estados mantienen tres habitantes, Colombia puede mantener quince. Hay, pues, en los Estados Unidos saxoamericanos un territorio casi continuo dividido en dos partes, colocada la primera al Sur, la otra al Norte de la gran república, que comprenden entre ambas

## Datos de un problema actual

De "El Tiempo", Bogotá

una superficie mayor que la de Colombia. A juzgar por el índice de población apuntado, aquellas regiones están casi desiertas y requieren un esfuerzo considerable para llegar a su completo desarrollo. Colombia, colocada en el corazón del trópico, en lucha con climas deletéreos, en cien años de aislamiento ha logrado poblar su territorio a razón de quince habitantes por milla cuadrada y crear una cultura de caracteres propios. La gran república saxoamericana en noventa años, durante los cua-

les ha estado en posesión de esos territorios, parte de ellos adquiridos por la fuerza, no ha podido desarrollar sus elementos de riqueza y no ha podido cumplir con la primera obligación del gobernante, que es la de poblar su territorio, según el dicho de Alberdi.

Esta comparación se hace no para mostrar (lo cual sería temerario y absurdo) que Colombia está más civilizada en conjunto que aquellos Estados Unidos, sino con el objeto de plantear una pregunta y ver si es posible, dentro de

la lógica, hallarle una respuesta satisfactoria.

La Unión saxoamericana tiene dentro de su territorio una extensión superficial mayor que el área total de Colombia, en la cual extensión el gobierno de la gran república no ha logrado en noventa años fundar una civilización capaz de desenvolver ese territorio ampliamente para que pueda subvenir a las necesidades de una población abundante. No vale decir que esas tierras son agrias e infecundas: para los adelantos de la química y la agricultura apenas hay ya tierras verdaderamente refractarias al cultivo, y para los inmensos recursos de aquella república bienaventurada, acreedora hoy de todo el mundo culto, no hay problemas insolubles en tratándose de desarrollar un territorio cualquiera. Mas si fuere cierto que esos terrenos, donde apenas se mantienen tres individuos por milla cuadrada, no obstante el hecho de hallarse en el corazón de una república notable sobre todo en los anales del mundo por su extraordinario progreso material y su vertiginoso poder de impulsión, no son susceptibles de desarrollo, o si a pesar de serlo, la nación poseedora no quiere emprender su desarrollo por considerarlo improductivo, sería el caso de devolverle parte de esas tierras a la nación de quien fueron arrancadas por la fuerza para que se ensaye en la tarea de poblarlas y llevarlas a su completo y natural desenvolvimiento. La evolución actual

## El nuevo viajante de comercio, por Bagaría



Hoover, camino de la América española: —Seamos el primer comerciante, para poder seguir siendo el primer prestancista.

del hombre y de las sociedades se basa en el concepto de función, y el organismo que no la cumple se desvincula de la civilización.

Pero todo esto no es más que una consideración al margen. El problema fundamental tiene otro aspecto. En aquellos Estados Unidos hay territorios más extensos que el de Colombia, necesitados con urgencia del capital y de la organización saxoamericana para llenar su destino y atender dentro de sus posibilidades a la felicidad de la especie humana. Sin embargo, ese capital que no acude a aquellas regiones manifiesta una voluntad irresistible de invertirse en Haití, en Honduras, en Nicaragua, en Santo Domingo, en Venezuela y Colombia, en Cuba y en Panamá, en el Perú y en Bolivia. El capital sobrante de los saxoamericanos es casi ilimitado, pero tiene su límite. ¿Por qué viene a invertirse de preferencia en estas repúblicas de pasado turbulento, amenazadas de cambios imprevistos, cuando Arizona, Nuevo México, Wyoming y Montana, de precedentes pacíficos, sometidos a leyes respetadas por los naturales, piden clamorosamente, según lo muestra su escasa población, el auxilio inmediato de sus compatriotas?

La contestación no es difícil, si se tiene en cuenta la excesiva desconfianza del capital y las doctrinas sentadas por los estadistas de Washington. El capital busca por donde quiera que fluye la mayor seguridad. Los estadistas de Washington han dicho contra toda razón y en pugna abierta con los principios del derecho internacional, que su gobierno no se contenta con la protección que las leyes de otros países les ofrecen a los saxoamericanos ausentes de su patria y sostienen la imposible teoría de que a dondequiera que vaya el ciudadano de aquella república lleva las leyes de su estado para la protección de su persona y la defensa de su propiedad. De esta insostenible y perturbadora doctrina, preconizada por los grandes intereses mercantiles y bancarios de aque-

## Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

*La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia, avisa que faltan unos \$ 2.000-00 para completar la suma con que se comprará una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.*

*Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los \$ 2.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción, y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.*

Rep. Am. . . . .	¢ 25. 00
José Guerrero . . . . .	25. 00
Octavio Jiménez . . . . .	25. 00
Alejandro Alvarado Quirós . . . . .	25. 00
Carmen Lyra . . . . .	5. 00
J. J. Salas Pérez . . . . .	25. 00

**Dño (Sila) las tierras de los ciudadanos a los soldados, con lo que despertó en ellos la codicia: desde ese momento no hubo guerrero que no esperase ansiosamente la ocasión de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos.**

MONTESQUIEU

llos Estados Unidos, procede el contraste aparentemente inexplicable entre la conducta de los banqueros de Wall Street que le fuerzan la mano al gobierno de Washington para hacerle ocupar a Santo Domingo y Haití militarmente hasta que los gobiernos de una y otra república consintiesen

en aceptar un empréstito ofrecido por banqueros neoyorquinos, al paso que hay estados de la Unión en lamentable atraso, porque carecen del capital requerido para llegar a su completo desenvolvimiento.

El contraste se allana en la mente con un momento de reflexión. Los banqueros que in-

vierten su dinero en Santo Domingo y Haití, en Colombia o en Bolivia, se sienten protegidos por la fuerza del estado saxoamericano y por la inaceptable teoría de que el ciudadano de aquellos Estados Unidos está protegido por su gobierno, donde quiera que se halle, aun en contra de las leyes del país por él habitado transitoriamente. Y hay más aún: Existen por desgracia gobiernos americanos, inferiores al desdén de la gente sensata, que están listos a ejercer el estrago en sus propios dominios, para satisfacer las concupiscencias o para templar el infundado terror de aquellos banqueros y de sus agentes.

Se comprende que el dinero de los bancos neoyorquinos fluya copiosamente a estos países, muy a menudo en contra de la voluntad del mayor número, y no acuda con igual facilidad, abundancia y preserteza a estados de la Unión saxoamericana, como Wyoming o Nuevo México, porque estas son entidades soberanas, conforme a la constitución, envían representantes y senadores al congreso para defender sus derechos contra excesivas pretensiones de los acreedores, y, en caso de mora, voluntaria o fortuita, en el pago de sus deudas, o de abierta repudiación de ellas, como ya ha sucedido, no se los puede demandar ante la Corte Suprema, si ellos no consienten en ser demandados o si otro estado no se presta a entablar el juicio por parte de los querellantes. Ocurre además que algunos estados de la Unión, como el histórico Mississippi, tienen un crédito asentado en arena. Por su renuencia a pagar deudas adquiridas correctamente en 1831 y 1838, el dicho estado ha merecido que se lo compare en los informes anuales del Consejo de Tenedores de Bonos Extranjeros, con la Rusia soviética, por haber repudiado como ella y por motivos menos dignos de crédito, deudas en que incurriera el gobierno de Mississippi con todas las solemnidades anexas al procedimiento.

B. Sanín Cano.



El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

- y -

La Sastrería

**La Colombiana**

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Opera-  
rios competentes para la  
confección de trajes.

**HAGA UNA VISITA Y SE CONVENCERA**

Se trasladó 50 Varas al Este del  
Cometa, frente al Almacén  
de Luis Vanni

San José, Costa Rica. — Teléfono 1283

**Gómez y la Universidad**

El odio de Gómez hacia la Universidad es muy propio de su cultura de bárbaro. "El país lo que necesita son peones y soldados", ha dicho él muchas veces. Peones y soldados que vayan a cargar máuseres en defensa suya, a labrarle sus haciendas, a curvarse de sol a sol sobre los surcos, a cuidarle sus animales, a exprimirle para él un poco más el jugo a esa pobre tierra venezolana, que es suya, de su propiedad, totalmente, íntegramente, ni más ni menos que sus vacas lecheras y su sombrero de jipijapa. Sus instintos todos de patán, analfabeta, se revelan contra una institución donde se rinde culto al libro y se vive vida fervorosa y espiritual. Así la clausuró una vez durante siete años. El sabe, además, a pesar de Cesarismo democrático y de lo que le hayan dicho en contra Gil Fortoul, Arcaya, Pedro Itriago Chacín, que sus sistemas no están muy de acuerdo con las teorías de los autores y que en ningún texto de derecho se hace la apología de los grillos, de las torturas, de los atropellos que constituyen el fundamento primordial de su permanencia en el poder, y de cuya eficacia para gobernar bien a Venezuela se haya perfectamente convencido.

Cierto día, alguien en presencia suya hizo el elogio de las penitenciarías modernas, donde a la vieja noción del castigo se había sustituido otra más humana, de enseñanza, de regeneración.

—Convénzase, amigo, replicó el general: para rehabilitar un hombre nada como un par de grillos. Y si son de 75 libras, mejor.

Estas y otras barbaridades han recibido de los amigos del régimen un nombre dicho entre sonrisas abyectas:

—Las cosas del general!

Como quien dice: las travesuras de Pepito, el Benjamín de la casa, a quien todo se le perdona "porque todo lo hace con tanta gracia . . ."

Y cada gracia del general le cuesta a Venezuela una vida, o muchas lágrimas, cuando no varios millones al tesoro nacional.

Naturalmente que el estudiante devuelve con creces todo el odio y todo el desprecio que Gómez siente por él. Al abrir los ojos a las primeras enseñanzas de la ciencia política o social, tan en desacuerdo con la realidad ambiente; al hacer el cotejo de lo que se dice de otros pueblos y de lo que ve en el suyo, al sentir cómo el desarrollo de las propias facultades y de las propias aspiraciones se le frustra casi siempre en aquel no poder hacer nada sin que el general lo permita, en aquel tener que hablar siempre en voz baja por temor a los espías, en aquella amenaza constante de cárceles y de grillos, suspendida sobre la cabeza de to-

**Charla desordenada sobre Gómez y el gomecismo**

y 2. Véase la entrega anterior.

dos los venezolanos, no puede menos que tragarse a regañadientes la protesta, en espera de la ocasión propicia para hacerla estallar; no puede menos que envenenarse de odios ante la farsa diaria y la abyección de todos los días; no puede menos que llevar esa vida triste, hostilizada, doliente, que hace del estudiante venezolano un tipo especial, suerte de anciano de cuatro lustros, tan diferente del otro, del estudiante de los países libres, alegre, bullicioso, entusiasmado, con la ambición por las nubes y el corazón en la cabeza.

—¿Y por qué no lucha? diréis vosotros. Sí, señores; lucha y ha luchado siempre, pero en cuáles condiciones! Sin derecho a intervenir en el desarrollo cultural del país, aislado de todos, embozalado, amenazado, sus revistas y sus centros al borde siempre del atropello y la clausura, ¿cómo hacer nada si no es en el motín o en la revuelta? Y el motín y la revuelta necesariamente sin armas, significan por lo general el fracaso, y con el fracaso las persecuciones, la cárcel, la muerte muchas veces . . .

Sentid el contraste, ¡oh estudiantes colombianos! que a la sombra de libertades y derechos respetados, realizáis de modo pleno vuestra juventud y desbordáis el mundo de agitaciones internas que fermenta generosamente en vosotros. Todo podéis discutirlo y todo podéis analizarlo; en la alegría de vuestras fiestas no asoman ni los temores al espía ni la sombra de la autoridad que pudiera reprimirla; vuestros profesores de derecho constitucional, sobre las realidades vivas del Estado, podrán explicarse siempre, sin subterfugios ni rubores, el funcionamiento autónomo de los poderes públicos y el respeto esencial a la libertad de las garantías ciudadanas . . .

En cambio, entre nosotros, hay que ver los juegos malabares que realizan muchos de nuestros profesores, para no aparecer, en la explicación de las teorías jurídicas, como propagadores de ideas y de tendencia subversivas!

El pueblo de Venezuela esperó siempre mucho de la clase universitaria. Durante años, en ella, en las cárceles, en el destierro, se asiló la oposición, el entusiasmo revolucionario, la patria.

Cuando vino la semana del estudiante, el terror imperaba en todo el país. Y sin embargo, a pesar de ese terror, los primeros discursos esbozaron ya un ideal de patria nueva, de regeneración, de protesta. En el símbolo de Beatriz, de la reina llanera que llevaba todo el sol de la tierra en los ojos, encarnamos

la Venezuela de nuestros sueños, pura, altiva, generosa y heroica, y dijimos en voz alta que no queríamos más yugos que los que nos vinieran de sus manos...

Las autoridades de Caracas llamaron a mi camarada Leoni, Presidente entonces de la Federación de Estudiantes, para manifestarle que estaban dispuestas a concluir a balazos con aquel entusiasmo generoso. Se encarceló a los oradores, se allanaron varias casas, la mía entre ellas, y fué milagro el no caer yo de nuevo entre las garras de los bárbaros. El pueblo, embrutecido por veinte años de atropellos, comenzó a despetar. La boina del estudiante, llamada de un azul fervoroso en las cabezas juveniles, se hizo a su vez un símbolo rebelde. Y hombres, mujeres y niños se descubrían a su paso como ante una bandera.

Recuerdo con orgullo la actitud del pueblo de Caracas durante aquellos días. Cuando los universitarios reclamaron el honor de un puesto en la cárcel, al lado de sus compañeros presos, y uno a uno se entregaron hasta cuatrocientos en manos de las autoridades, el delirio fué unánime, y el odio a Gómez y a los suyos se desbordó en una protesta pacífica, sin armas, pero significativa en extremo, de todas las clases sociales. Llevóse a efecto aquellos días la manifestación que encabezada por Beatriz realizaron las bravas mujercitas de Caracas, nuestras madres, nuestras novias, nuestras hermanas; y de tal modo se dieron a alentar el fermento revolucionario y con tal garbo gentilísimo insultaron y vejaron a los agentes y oficiales encargados de hacer guardar por todo medio y a toda costa el orden, mejor dicho, la pasividad, que Arcaya, ministro de gobierno, manifestó que había llegado el momento de encarcelar también a las mujeres o de habilitar, cuando menos, para ellas, algún salón del manicomio. Y no una sino muchas demostraron esos días que no en vano bajo las faldas llevaban pantalones.

Gómez, bajo el imperio de un terror que le dura todavía, ordenó atropellar, matar si era preciso; cerrar los establecimientos donde el pueblo pudiera armarse de machetes y picos, armas inútiles cuando se trata de luchar contra fusiles y bayonetas. En tanto que duró la primera prisión de los universitarios, Caracas vistió de luto. Se suspendieron casi todos los trabajos y los teatros cerraron sus puertas, no obstante lo cual se obligó a los empresarios a continuar publicando sus programas, con el fin de que la capital tuviera a los ojos del extranjero y de las otras poblaciones de la República un falso aspecto de normalidad y de quietud.

El tratamiento dado a los estudiantes en el castillo de Puerto Cabello, a donde

fueron conducidos en camión, de noche, custodiados por tropa de línea y sin darles ni una sola vez de comer durante el larguísimo trayecto, fué inicuo. Se les obligó a trabajar forzosamente — cargar hierro y carbón en el Dique astillero — y quiso compelérseles a barrer cloacas y letrinas. Faltos de alimento, medio muertos de sed, muchos se desmayaban en la dura faena. Por la noche se les tiraba a dormir, sin mantas ni colchones, en el húmedo pavimento de los calabozos de la ergástula.

Pero a cuatrocientos estudiantes, vinculados a las mejores familias del país, queridos y admirados siempre y más ahora después de su noble y simpático gesto de solidaridad trascendente, no se les podía tener encarcelados mucho tiempo. Por otra parte, el mundo civilizado comenzaba ya a protestar, indignado, ante semejantes atropellos. Necesario será reconocerle a Colombia, unánime en su juventud y en su prensa contra Gómez, una parte, acaso la más eficiente, en la primera libertad de los universitarios de Caracas.

Pero Gómez y sus dirigentes intelectuales no quisieron conceder esa libertad sin antes tratar de anular y destruir, en lo posible, el gesto estudiantil cuyas hondas repercusiones comenzaban a hacerse sentir en toda la República y especialmente en la capital, en Valencia, en la Guaira y Puerto Cabello, donde las manifestaciones, las huelgas y los disturbios eran diarios y en proporciones tan alarmantes, que ya desde entonces muchos comenzaron a dudar de la posible continuación del gomecismo en Venezuela.

Y se propuso a los estudiantes la firma de una carta por la cual se mostraban arrepentidos de su reciente actitud y confesaban "que el gobierno había tenido razón para encarcelarlos y vejarlos". La firma de esa carta se propuso precisamente el día en que el inicuo tratamiento alcanzara un máximum de ferocidad y de rigor, bajo un temible aparato militar, resonante el aire de dianas y de choques de bayonetas. Algo espectacular e impresionante, propicio al logro de la finalidad perseguida.

Y los muchachos comprendieron. Entre ellos muchos apenas llegaban a los quince años. Para ser recibidos en la policía de Caracas, hubieron de ponerse pantalones largos de sus padres o de sus hermanos mayores. Todos tenían por delante la continuación de aquella vida de hambre, de violencia, de trabajos brutales. Y ante la indignada sorpresa de los esbirros de Gómez, ninguno, absolutamente ninguno, quiso firmar aquel "mea culpa" ignominioso. Uno de ellos manifestó en voz alta el sentir de todos sus compañeros.

—Puede usted decirle al general Gómez que estamos dispuestos a permanecer aquí, y que no aceptaremos la libertad como a ésta quieran imponérsele condiciones de ningún género.

Ante la presión interior y exterior, Gómez se vió precisado a excarcelar los estudiantes. El paso de éstos por las poblaciones de tránsito fué recibido con aclamaciones triunfales, contra las cuales no valieron ni las amenazas ni los atentados de la policía. Como se reuniera en Caracas un numeroso grupo de abogados y profesionales para tomar alguna medida en favor de los universitarios, Gómez ordenó la prisión de todos ellos.

Rafael Arévalo González, periodista integérrimo, hombre el más notable que produjera Venezuela en los últimos cincuenta años desde el punto de vista de la pulcritud y del carácter, cuyas prisiones políticas alcanzan la aterradora suma de veinte años, escribió una bella y altiva carta al tirano pidiéndole la libertad "de unos muchachos que lo habían hecho sentirse orgulloso de ser venezolano". Gómez respondió a tan desmesurado atrevimiento con un nuevo carcelazo y un nuevo par de grillos.

En los barrios altos de Caracas el pueblo se defendió de los atropellos de la policía con piedras y palos. Hubo muchos muertos. La propaganda clandestina alcanzó proporciones inusitadas: proclamas, periódicos escritos a máquina, hojas sueltas. En todas partes se hablaba de revolución, del odio a Gómez y a los suyos, de la necesidad de acabar a toda costa con un sistema al cual no debía el país sino su ruina moral y material en lo interior y su descrédito ante la civilización y la cultura universales.

En telegrama que desde Maracay enviara Gómez a varios jefes de ejército en Caracas, les recomendó aplicar una táctica más severa y enérgica: "Dar de filo y no de plan; ametrallar y fusilar a los descontentos". Muchos de éstos fueron enviados a trabajar con un grillete al pie en las carreteras de Oriente y de los Llanos; otros fueron conducidos a Puerto Cabello y allí permanecen todavía; se insultó y atropelló mujeres; se cometieron salvajadas de toda índole.

Y en esas condiciones vino el cuartelazo del 7 de abril, en el cual tomaron parte, y parte heroica, los universitarios. No me es posible historiarlo en sus detalles, en sus ramificaciones, en sus consecuencias, pues con ello no haría sino provocar represalias posibles en Caracas, suscitar sospechas y agravar la suerte de los estudiantes y oficiales perseguidos o presos. Sólo diré que desde entonces la dictadura tambalea y busca en vano a ese centro de gravedad que ya insinué: Todas las fuerzas y todos los derechos

de un lado y todas las sumisiones y todos los deberes del otro. Llegará el día en que se ponga en claro la verdad dolorosa y magnífica de esa noche de angustias. Me jacto de decirlo: mi generación probó en ella una tal insondable capacidad de heroísmo y sacrificio; el pueblo ha estado siempre y estuvo en esos días de tal manera con nosotros, que sería injusticia dudar de la próxima salvación de Venezuela.

López Contreras, el debelador del movimiento, halló entre los rebeldes presos a un cadete, el preferido de sus hijos. Y lo llamó traidor. El hijo respondió en una frase estupenda:

—Traicionar a Gómez es serle fiel a Venezuela.

Todos los que cayeron esa noche en manos de los esbirros fueron ominosamente torturados. A los heridos se les condujo a la cárcel, sin prestarles auxilios de ningún género. Cuéntase que Antonio Arraíz, poeta acaso el más valioso de la última generación venezolana, se le gangrenó una pierna herida, y hubieron de cortársela.

Al salir nosotros de Caracas, cuatro de los universitarios presos habían muerto en las torturas. A los demás les aguarda una suerte semejante. Muchos huyeron. A todos se les niega pasaporte y se les prohíbe la salida del país. Varias legaciones nos abrieron generosamente sus puertas. La Pontificia, sin embargo, se negó a intervenir amistosamente en favor de los presos y de los perseguidos; y el Nuncio le respondió a mi compañero Leoni que él como diplomático tenía atadas las manos y nada podía hacer. Puede que como diplomático tuviera razón el señor Nuncio; ahora bien, estoy seguro de que Cristo, a quien él pretende representar en la tierra, nos habría respondido de otro modo.

Y yo reclamo de vosotros, oh estudiantes colombianos, y por vuestro conducto de todos los hombres de cultura y de bien en el Continente americano, una nueva actitud solidaria frente al dolor y las angustias de nuestros camaradas de Caracas. Ella podrá ser eficiente para salvarle la vida a ese puñado de muchachos valerosos que todo lo sacrificaron — estudios, juventud, vida — al sueño de una patria digna, libre y decorosa. Ella podrá también en mucho contribuir a realizar las esperanzas de un pueblo que, esclavizado y sin armas, está todo contra sus tiranos porque la Venezuela de hoy lleva a la cabeza boíná azul y rebelde como sus estudiantes.

#### Las ergástulas

Rotunda de Caracas y Castillos de

Puerto Cabello y de San Carlos! Cuando mañana la horrible verdad luzca desnuda en la integridad del documento y de la prueba, vuestra historia de horrores y de crímenes ha de parecer leyenda.

Guillotinar, ahorcar, fusilar: hay algo de piadoso en esas formas violentas de la ejecución. El sufrimiento cesa con la muerte, y la muerte viene rápida, instantánea, a poner fin a la angustiosa expectativa. Gómez no guillotina, ni fusila, ni ahorca. El odia espectáculos y ruidos y gusta, para deshacerse de enemigos, de lentitudes refinadas, de sombra, de silencio. Alguna vez se vale del veneno, que es también silencioso; otras, las más, asesina poco a poco, de hambre, de sed, de grillos, de aislamiento, de torturas pequeñas . . . De eso han muerto en Venezuela millares de infelices. El día de la resurrección, ellos serán los que más tarden en despertar, tal cantidad de muerte y de disgregación tienen encima.

Ningún goce, ni aun el más elemental, para el que está preso como enemigo del régimen; nada de libros ni de papeles; incomunicación absoluta con el mundo exterior; alimento malo y escaso. Apenas se le deja el derecho de una vida estupidezante, inútil, vegetativa, dentro de una celda cerrada, tan cerrada y estrecha que ya sugiere el ataúd.

Y sabedlo, para ese hombre no hubo juez ni sentencia ni el derecho primordial de defenderse. Se le arrojó en una celda sin decirle por qué, y luego, al cabo de años o de lustros, si es que antes no lo llevaron a enterrar, se le dió la libertad, sin tampoco decirle por qué. La libertad sorprende como la prisión. La muerte no: a la muerte se le aguarda todos los días.

Algunos, como Sotero Mojica, la vieron venir, junto con el "tortol" que le desgarraba las carnes; otros, como Pedro Manuel Ruiz, ciudadano eminente, en una agonía de intestinos destrozados, merced a un poco de vidrio molido que se le mezclara al alimento.

Aranguren, muchacho de diez y siete años, pide una medicina para el dolor de cabeza que lo trae medio loco; y el alcalde le envía generosamente un remedio definitivo: arsénico. Murió pocas horas después.

De arsénico murió también, como podrá comprobarse algún día en los huesos del cadáver, un sacerdote, modelo de virtudes ciudadanas y cristianas: el padre Frankis, por el delito de haberse encontrado una carta en la cual demandaba a Su Santidad Benedicto XV las razones que le habían asistido para otorgarle a Juan Vicente Gómez la orden piana.

Pablo Giusseppe Monagas, fervoroso

católico, suplica la presencia de los sacerdotes presos para que lo ayudasen a bien morir. Y el alcaide le responde:

—En la cárcel la gente se muere sola.

Algunos pasaron, como el Capitán Pedro Hernández, de una paliza del "cabo", a mejor vida. Y esta vez sí que tiene un gran valor de realidad la frase hecha! Repito que estas formas violentas del asesinato, si bastante numerosas, no son las acostumbradas por Gómez y su cohorte de verdugos. Ellos prefieren otras: el hambre, la sed, la ausencia de sol, las pequeñas torturas físicas y morales, cuyo conjunto da lugar a una nueva enfermedad, todavía no clasificada en los libros de medicina, y que bien pudiera llamarse la enfermedad del preso político venezolano.

#### Cuatro años de cárcel

Cuatro años de cárcel! No son muchos en mi país. Fernando Márquez pasó dieciocho en Puerto Cabello, y Román Delgado Chalbaud catorce en la Rotunda de Caracas. El primero dejó una hija en el vientre de su madre al ser encarcelado. Cuando salió, esa hija ya le había dado un nieto. Manuel Andrade Mora fué hecho preso a los quince años. Al venir la libertad tenía veintiseis. Cito casos aislados. Son miles. En un momento dado, las ergástulas de la dictadura llegaron a contener más de cinco mil detenidos políticos. Y no fueron más porque en el exterior, aislados, existían al rededor de cuatrocientos mil venezolanos. Esa es la mejor defensa que puedo hacer yo aquí de la dignidad nacional.

Cuatro años de cárcel! Cada día que pasa nos arranca un año de vida. Dicen que los recuerdos dejan una huella material en el cerebro: esa huella debe ser roja en el mío. Tenía yo cuatro lustros, estaba al borde de concluir mi curso de derecho y lo esperaba todo de la vida. Mi padre gozaba de una excelente posición económica y de un vasto nombre literario en el país. Los años pasarán con dulzura por la existencia de mi madre, ya para ese entonces bellamente prestigiada de otoño. Mi hermanita menor apuntaba los quince. Cuatro años de cárcel. Mi padre muerto. Uno de mis hermanos, destrozado física y moralmente por las torturas. Yo enfermo, con unos ojos nuevos, amargos, agresivos para mirar la vida, y viejo ya a los 25 años. Mi madre, arrugados el rostro y el espíritu, y la cabeza de algodón. La hermanita menor, triste y doliente ante su juventud que se frustraba. Y la ruina: la ruina total, absoluta, sin rescate posible en mucho tiempo. Cuatro años de cárcel! Todavía me pregunto cuál fuera

nuestro delito, cuál el enorme crimen para semejante castigo.

Se me conduce a una celda y se me ponen grillos. Yo no los conocía: son monstruosos. Dos argollas, una barra, una cuña. Trato de explicar su mecanismo y no puedo. Ambas piernas quedan sujetas. Se camina levantando un poco la barra con una cuerda o con las manos. Pesan mucho. Aquellos, 75 libras.

Hace frío y pido una manta. Se me niega. Protesto, y el carcelero me define mi situación presente y futura con palabras que no olvidaré jamás:

—Calle la boca. Preso es preso.

Me echo como puedo en un rincón. El preso político es un perro. Pasan los días. El rancho es malo: un potecito de granos, sin más condimentos que la sal, por la mañana; por la tarde, un poco de harina de maíz con agua. Y eso, tan pobre, tan miserable, no se nos da sino que se nos tira. No; no somos perros. A los perros se les trata mejor. El perro de mi casa come en una escudilla de madera. Yo, en un recipiente de lata, de esos de leche condensada, sucio, y lo que es peor, demasiado pequeño. Cuando uno acaba de comer, rebusca en el fondo, con la ansiedad de que aquello se haya acabado tan pronto. El hambre tiene cara de hereje, dicen. Los herejes deben de tener la cara muy fea.

Por la noche, los gritos de los torturados llegan a mí, largos, penetrantes, infantiles a veces, como de animal herido o de muchacho enfermo.

—No grite tanto y diga lo que sepa.

—No sé nada. No sé nada. No sé nada . . .

La voz se va debilitando poco a poco en esos "no sé nada", hasta concluir en un trémolo doliente . . .

Un día, se abre la puerta de mi celda y, conducidos por el carcelero, llegan a ella dos hombres. Dos muertos. Porque aquellos hombres están muertos. La lividez de los rostros, el perfil aguzado, las ojeras profundas, son de muerto. Y caminan. Están muertos y caminan.

Ambos traen las manos tumefactas, moradas, insensibles, inútiles. Los suspendieron por ellas de dos cuerdas y así los han dejado varios minutos. Varios siglos. Son los ejecutores necesarios de la muerte del hermano de Gómez. La voz pública señala a uno de los hijos del tirano, vicepresidente de la república, y único interesado en el crimen. Y las autoridades de Caracas necesitan forjar unos asesinos para acallar esos rumores.

Aquellos hombres no pueden comer, inservibles como tienen las manos; les llevo a la boca el alimento y me miran con húmedos ojos agradecidos. En un tiempo figuraron en la guardia de Mira-

flores, el palacio donde se cometiera el asesinato. Dados de baja, trabajaban en la actualidad en una alfarería. Se habían casado los dos y cada uno tenía un hijo. Les han hecho horrores. Desnudos los ligaron con fuertes cuerdas a un catre. Y con una pluma, embadurnada de aceite, les hicieron cosquillas en las plantas de los pies. Al principio daba ganas de reír. Después era horrible, tremendo, exasperante . . .

Todas las noches se los llevan para torturarlos, hasta que al fin falsamente declaran. Sí, ellos son los asesinos. Puede ser que así los dejen tranquilos. Pero no. El gobernador de Caracas, Julio Hidalgo, les pide algo más: un puñal y ropas ensangrentadas para presentárselas a un juez. De no hacerlo, les darán quinientos palos. Gómez ha ofrecido al país un expediente completo del crimen y hay que formularlo, y bien, a toda costa. Uno de ellos me dice: "¿Cómo haría yo para decirle a mi mujer que empape en sangre un traje mío y se busque un puñal?"

Ante la perspectiva de la noche que le aguarda ha perdido toda moral. Tiembla, se echa en el suelo, llora. El otro, no. Se halla estupidizado. Mira hacia un punto fijo en el techo horas y horas. Sacude el aire con las manos, como espantando moscas. De cuando en cuando, ríe.

Y se los llevaron esa noche. A eso de las tres de la mañana, regresaron. Sus espaldas eran dos llagas; dos llagas enormes, de un púrpura fresco y chorreante. Así, les pusieron grillos. A los dos días comenzaron a descomponerse, a oler mal. Un olor horrible, nauseabundo, a cosa muerta. Volvieron a llevárselos, y esta vez para siempre.

Se llamaban Araguaynamo y Mujica. Fueron enterrados en un solar de la Rotunda.

Una mañana el alcalde me ordena:  
—Venga.

Voy. ¿A dónde? No lo sé. Quizás me van a torturar. Paso por el hueco abierto en mitad de una verja de hierro, y sigo por un pasillo a cuyo fondo se advierte un calabozo. Sentado, pálido, enjuto, con una vejez que se diría de miles de miles de años, está un hombre. Y aquel hombre se levanta, se me echa encima, me baña el rostro de besos y de lágrimas. Comienzo yo también a llorar, no sé por qué. Mi cabeza no rige bien. Debo de tener los ojos extraviados y vagos.

—Hijo, hijo, hijo . . .

Aquel anciano de miles y de miles de años, es mi padre. En tres meses ha envejecido siglos.

En un calabozo frente al nuestro están matando a un hombre. Lo tienen

desnudo, a medio rancho y con dos pares de grillos. El empleado que nos trae el alimento dice que durará muy poco. No quiere decirnos ni su nombre ni su delito. Sólo, cuando ya está al borde de retirarse, exclama:

—El general ha resuelto matarlo, porque es un hombre peligroso . . . Muy peligroso.

De cuando en cuando lo sentimos quejarse, sin palabras, en lamentos suaves, blandos, pueriles, que nada dicen y que dicen, sin embargo, tantas y tantas cosas.

Y una noche . . . Fué horrible. Hostigado por el hambre, arrastrándose a pesar de las ciento cincuenta libras de los grillos, se asoma a la puerta de su celda, avanza, avanza lentamente, hasta el cajón donde se depositan las horras, mete la mano en él y saca una cáscara de plátano. La devora con una avidez animal, primitiva, desconcertante. El alcaide lo mira desde el balcón donde está de guardia y llama al "cabo". Y el "cabo" con un nervio de toro en la mano se va airado contra el infeliz. Este se ha quedado inmóvil y espera. Cierro los ojos.

—No me pegue, no me pegue, no me pegue . . .

Y sobre aquello, que no es un hombre, sino una piltrafa de hombre, un jirón de vida, un instinto en acción, cae una, dos, tres, cuatro, yo no sé cuántas veces el nervio de toro. Cae y suena con un ruido seco, cortante.

—No me pegue, no me pegue, no me pegue . . .

Hago por contenerme, pero la voz se me sale a pesar mío:

—No le pegue!

Ocho días después se lo llevaron. Jamás vieron mis ojos un cadáver más lívido, más extenuado, más doloroso, más cadáver . . .

Podría referiros muchas otras escenas semejantes, y entre ellas las torturas de mi hermano, escuchadas por mí en una noche inolvidable; mi época de hambre y de sed en el "Calabozo del Olvido", cuyo nombre ahorra bien la descripción; la muerte de mi padre . . . Pero me haría interminable. Quiero, sin embargo, resumir en un episodio, sencillo, sin trascendencia, toda la refinada crueldad de la Rotunda.

No sabemos cómo llegó a nosotros. Saltarín, zurdo, sin emplumar del todo, lo sorprendí en mi celda. Era un pichón de tordo, agudo el pico, negrísimo los ojos. Venía de afuera, de quién sabe dónde, pero de la libertad, de la vida. Enredada a sus patas una brizna seca de hierba, acaso del nido recién abandonado.

Logré atraparlo. Tenía hambre y sed y le dí de comer y de beber, yo, que también tenía sed y hambre. Nos hicimos amigos. Se hizo amigo de todos. Al cabo de un mes pudo volar, irse lejos, hacia los campos dorados de sol, hacia las sementeras verdeantes bajo las primeras lluvias de marzo, hacia sus compañeros los pájaros y los árboles. Y prefirió quedarse. Revoloteaba en el recinto, del hombro de un preso al hombro de otro. Visitaba todas las celdas. Era nuestro hijo, nuestro hermano, llegó a serlo todo para nosotros.

Y un buen día el grillero, riendo, "por orden superior", lo cogió en sus manos, le acarició las plumas, y como quien estira un resorte, le arrancó dulcemente la cabeza.

Y pensar que un régimen así de ominoso y brutal merece no sólo las relaciones cordiales, sino el apoyo y protección de todos los gobiernos civilizados de la tierra!

#### Síntesis

Preguntaría yo a los defensores de Gómez, a los panegiristas de la dictadura, a sus diplomáticos en el exterior, ¿qué hemos ganado nosotros con estos cuatro lustros de ignominia? ¿La paz? Mil veces preferible la guerra con todas sus violencias, como en el proverbio latino a ese imperio de cárceles, de cementerios y fusiles que ha sido la paz venezolana durante los últimos veinte años. ¿Será esa paz durable? ¿La presión, el atropello y la falta de libertad no son y fueron siempre semillas de odio y de revueltas? ¿No habrá sembrado la decantada paz venezolana para el futuro próximo una guerra que, por justa, no será menos encarnizada y sangrienta?

¿El progreso material? Visitad el interior de Venezuela y me diréis si ese progreso material no es una farsa. El paludismo, el analfabetismo y los demás ismos deplorables imperando en todas partes. La incuria oficial dándose la mano con la indolencia nativa; selvas que están pidiendo a gritos el esfuerzo del hombre; desiertos, zancudos, jefes civiles; poblachos feos y tristes. Y miseria, miseria . . . Las más pingües industrias, todas en manos de los Gómez. La agricultura en ruinas. La cría un monopolio de hecho en favor de la familia reinante. Sólo ella puede beneficiar ganado en los mercados de Caracas, Puerto Cabello, La Guayra, Valencia, Maracay, de casi todos los centros de importancia; sólo ella tiene facultades para explotar el balatá y la sarrapia de las selvas de Guayana; sólo barcos suyos pueden navegar por nuestros ríos, y esa es la única razón por la cual no se concede a Colombia la libre navegación del

Orinoco; por tierras de los Gómez podría transitarse desde Maracay hasta la frontera colombiana; las mejores haciendas de caña y de café son suyas; suyas son también las mejores dehesas de los llanos. Tienen hiladerías, curtiembres; fabrican cemento, mantequilla, peines, cigarrillos y perfumes. Hasta hace poco tuvieron un garito en cada esquina. No hay compañía productiva donde ellos no posean la casi totalidad de las acciones. Son fabulosos sus depósitos en los bancos extranjeros. Sólo en uno, americano, tiene Juan Vicente cien millones de dólares. La fortuna de los Gómez ha sido calculada en dos mil quinientos millones de bolívares. Después de esto, ¿para qué hablar de los pobres cien millones, que al decir de ellos, tiene en caja en Venezuela?

Por la ausencia explicable de numérico en circulación, casi todo nuestro comercio está al borde de la bancarrota.

Esas carreteras de que tanto se ha hablado y se habla todavía le han costado al país, amén de muchas vidas, diez veces su valor. Tanto es así, que ellas constituyen uno de los más remunerados negocios del general y de sus íntimos. La de Maracay a Ocumare de la Costa, que es magnífica, no llena otros fines que los de unir al déspota con algunas de sus fincas y facilitarle, al propio tiempo, el acceso al mar para la hora inevitable de la fuga. Nuestro petróleo se halla todo en manos extranjeras, y figurando, como figuramos, entre los mayores productores mundiales, nuestra renta efectiva en ese ramo es irrisoria. La mayor parte se desliza en manos de la clase dirigente. La política dictatorial en la materia se define toda en el caso siguiente: al concluir su contrato la Caribean, todas las propiedades, edificios y maquinarias de ésta pasaban a poder de la nación, lo cual representaba para ella centenares de millones de bolívares. Gómez, mediante un regalo cuantioso, hizo prorrogar ese contrato yo no sé por cuántos años más.

Si Gómez paga religiosamente la deuda externa, débese, no a previsión patriótica, que no la tiene ni la ha tenido jamás, sino a ese afán, al cual es capaz de sacrificarlo todo, de tener de su parte a los gobiernos extranjeros y especialmente al norteamericano.

La despoblación de la república es evidente. Los censos de Caracas y de Maracaibo han aumentado pero sólo a expensas de la despoblación del resto del país. El doctor Luis Razetti demostró, con datos auténticos, que en el Distrito Federal la mortalidad era muy superior a la natalidad. Centros como Barinas, San Carlos, Zaraza, Calabozo, que para 1900 contaban más de diez mil almas,

hoy difícilmente llegan a los mil quinientos habitantes. En Guayana, en todo el Oriente y en los estados de los Andes, la emigración ha sido manifiesta. La inmigración extranjera, nula. Nuestro censo total efectivo no llega a los dos millones y medio.

¿Que nuestras rentas han aumentado? El estadista lo que debe averiguar es si lo hicieron en la natural proporción, dadas las excepcionales riquezas actuales del país y si han sido manejadas con honradez y pulcritud.

¿Dónde están esos ferrocarriles, ese fomento a la inventiva, a las letras y a las artes, ese fervor de progreso de los países jóvenes?

Pero mejor será no seguir. Estoy abusando de vuestra benévola paciencia. Lo dicho basta ya a definir la verdad sobre la dictadura de mi país; esa verdad es tan triste, tan amarga, que la enseñanza en ella contenida jamás podrá olvidársenos, y ojalá sirva de experiencia y lección a las otras incipientes democracias de América. De esta América nuestra, que mientras soporte dictaduras y gobiernos que no encarnen la verdadera representación de su pueblo, jamás podrán llegar a ese grado de compenetración mutua y de solidaridad efectiva, imprescindible para afrontar sólidamente el cúmulo de asechanzas y problemas, casi todos comunes, que nos prepara el porvenir.

Y ahora, señoras y señores, perdonadle a un pobre estudiante el que os haya arrebatado tanto tiempo en referiros las tristezas y angustias de su tierra venezolana, que por doliente y sufrida, como el Portugal de Queiroz, bendita sea por siempre entre todas las tierras . . .

**Gonzalo Carnevali.**

(*"El Tiempo"*, Bogotá).

### **Gonzalo Carnevali se ganó a Bogotá**

Traía el prestigio de su juventud perseguida y castigada por el despotismo, el eterno enemigo del carácter. Traía la canción en estrofas de infinita dulzura, de robusto vigor, de ensueño, de ilusión, de esperanza y de cólera. Traía su sencillez, su bondad, la sonrisa de quienes sienten el alma clara y fresca, y los ojos profundos, abstraídos, de los que han visto de cerca la injusticia.

Dictó una conferencia. Por sus labios veraces, en síntesis tremenda, pasó el dolor de su patria. No ya la prohibición de hablar, de escribir y de moverse, constituye la afrenta de un gobierno que engaña al mundo con la noticia de que el progreso material anda a pasos de gigante, a tiempo que el orden no se altera. Lo horrible es la crueldad, la saña inútil, la venganza proterva, aquel sen-

timiento miserable que sacia en los que no tienen culpa el rencor causado por un hombre libre que protesta y que se indigna.

Carnevali contó los horrores de que en un libro fustigante nos habló Pocaterra. Pero puso el acento conmovido y el acento vapulador del testigo que acaba de abandonar la prisión donde sus ojos, ansiosos de la belleza de la vida, se sumergieron como buzos en las ondas negras y salobres de la maldad de la especie. Así se ganó la admiración, la adhesión, de quienes sienten el afán de descubrirse ante todo bello ejemplar de hombre entero y honrado.

Recitó sus poesías. Romántica dulzura de la evocación, torturante obsesión de la patria que no existe, recuerdos de campos, de fiestas, de anhelos purísimos, perfume de novia, sugestión de la ventana, hombre de las llanuras soleadas donde Venezuela es más Venezuela. Cantos también de rebeldía, de asco, estrofas como ramales de un látigo propicio para azotar las carnes de los mercaderes de la patria, el templo más augusto. Así se ganó el aplauso, el fervor, de quienes aprecian ese milagro de humanidad que es un poeta.

Estuvo en sociedad, frecuentó las redacciones de los periódicos, conversó con todos los intelectuales de su generación, se hizo amigo de los que pasan por conductores o maestros. Estudió. Obtuvo un grado en el Externado de Derecho, que con apostólica unción dirige el doctor Diego Mendoza. Vacío el alma, saturada de gratitud, en una despedida a Bogotá, pétalos de rosa que arrojó desde el tren, salpicados de un rocío de lágrimas. Así se ganó el cariño, la emoción, de quienes saben la rareza y el alto precio de un alma.

Y con su alma se fué. Sonora, grata, austera, henchida de ansias libertadoras, de dolores macerados, de pureza, de vida! El va soñando. Por donde quiera que pase merece ser recibido con los brazos abiertos. Es de la tierra hermana que nos dió al Libertador, y se conserva con el brío de los centauros de Apure y la ilusión de quienes están seguros de que la niebla pasará, para que de nuevo brille el sol que hace crecer al horizonte. No abrigamos duda de que Medellín, más tarde Cali, Popayán, las otras capitales colombianas a donde su espíritu inquieto lo conduzca, tendrán para él ese calor de hogar, esa efusión de hermanos que encontró en Bogotá, no porque tengamos aquí especiales condiciones sino porque ese abanderado de la libertad, que es un caballero y que es un niño, los merece hondamente.

**L. E. Nieto Caballero.**

(*"El Correo de Colombia"*, Medellín).

“Lo cómico contemporáneo”

Librito de ensayos breves, muy condensados, con una preocupación discreta de no pesar y, en ocasiones, de ocultar no sólo el peso, sino también la fuerza. Lo cómico contemporáneo, el teatro, el “ciné”, como medidas de la sensibilidad universal. Larra y Ganivet, dos figuras españolas, con su ambiente — un ambiente en que, a pesar de ser tan suyo, ni uno ni otro pudieron respirar. — Y dentro de lo cómico contemporáneo, universal, algunas breves páginas, muy intensas a pesar de su rapidez, dedicadas al humorismo español. De este modo aparece en los Cuadernos Literarios — mantenidos hasta ahora a muy alto nivel — la personalidad de Antonio Espina como algo excepcional entre los escritores de su tiempo, como un autor para la colección Nova Novórum que no ha querido desprenderse de su parte más humana, por donde se siente unido a una tierra, a una historia y — lo que es más original — a unas convicciones. Hace pocos meses abrió *La Gaceta Literaria* información para subrayar el alejamiento de la política en que están nuestros intelectuales y literatos jóvenes. Espina fué de los muy contados valientes que se atrevieron a pronunciar la palabra “responsabilidad”. Ser intelectual, ser literato no autoriza a ser irresponsable. La responsabilidad debe ir acompañada, como sentimiento y como idea, de pasiones y de nociones. Su posición le separaba de la mayoría. Venía a ser, por contragolpe, aristócrata y distinguida entre la turba. Así, al juzgar en su ensayo sobre Ganivet una frase de éste, “Se decía que la enseñanza católica nos condenaba a la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva a un rápido embrutecimiento”. Espina protesta del ex abrupto, hijo del humor caprichoso. Esas palabras “molestan y hieren”. “En estas cosas se han apoyado siempre nuestros cavernarios para, con aparente razón, presentar aquella voz como suya. No saben percibir lo que del ecléctico y ajeno a sectas y partidos tiene siempre el intelectual verdadero”. Pero las palabras “molestan y hieren”. No hablaría así quien no tuviera un ideario, casi un programa, compatible con la recta posición intelectualista.

Espina ha dado antes de ahora en *Nova Novórum* — de la “Revista de Occidente”, a cuya pléyade le vemos adscrito — una novela breve, pero muy intensa: “Pájaro pinto” (1927). Aparece aquí, dentro del desgaire y la aparente ligereza funambulesca del estilo, tema y fábula, la más honda preocupación moral. Veo las últimas páginas del “Pájaro pinto”, tan llenas de emoción —

## Noticia de libros



Antonio Espina

Retrato por  
Tímoteo Pérez Rubio

de pensamiento emocionado —, como un glorioso desgarrón de la bandera de la revista, como un remordimiento de conciencia en el compromiso de deshumanización del arte. Sin duda por eso Antonio Espina vive espiritualmente este singular. Y la singularidad aparece, más que en los ensayos, donde forzosamente ha de adoptar la serenidad fría e impersonal, propia del análisis, en la ficción novelesca y en la poesía. “Signario” (1923. Bib. Índice) es probablemente el libro de versos más contradictorio escrito por una generación que aborrece el concepto, que lo descarta y apenas lo admite convertido en metáfora, disecado, clavado, muerto como una mariposa. Allí dejó Espina al aguafuerte el retrato del fante: “Palabras de un esteta”. Aparece al óleo “Don Cacique”. Una admirable, inolvidable estampa: “Cruz Verde”, el incendio de las Salesas. Admito los ensayos de ahora como lo que son: estudios, introspecciones, al mismo tiempo que examen de vidas y obras ajenas. Pero estimo sobre todo en Antonio Espina la facilidad de creación, que ha de llevarlo, seguramente muy pronto, a una nueva fase.

### LUIS BELLO

“El Sol” Madrid.

### Luis Vives: “Diálogos”

Guardo hace muchos años, encuadrada en pergamino, una edición, pequeña, de los *Diálogos*, con la traducción de Coret. Esta que viene ahora, patrocinada por Espasa - Calpe, en la Biblioteca de Filósofos Españoles, que dirige Ovejero y Maury, trae el texto corregido de valencianismos, — los que padece el cas-

tellano del presbítero D. Cristóbal, porque a los que pudiera tener el latín de Luis Vives no creo se atreva nadie —. Libro precioso para maestros. Libro encantador para quienes estimen el sentido humano de la filosofía, para cuantos sepan agradecerle al Humanismo el arte que tuvo en exaltar la vida. Siempre me ha parecido un signo del valor de su época — lo que hoy llamaríamos en lengua de deportistas “una buena marca” — este libro, escrito para muchachos, estudiantes de latinidad. ¡Suerte — aunque no azar, porque el nivel del tiempo lo habían puesto muy alto otros hombres que no eran sólo pedagogos—, suerte la de aquellos alumnos que pudieron aprovechar, siendo del estado llano las lecciones que un hombre de la altura de Luis Vives escribió pensando en el príncipe don Felipe!

¿Escribió, en realidad, maestro tan profundo para aleccionar a un futuro rey? Creo que conviene ver en estas obras de lección revolucionaria la voz que llega al pueblo, tanto, por lo menos, como la voz que llega a palacio. Esa es, a mi juicio — modestamente lo aventuro —, la intención verdadera y secreta de Maquiavelo. Instruía al príncipe, lo aconsejaba en su interés y conveniencia de tirano; pero al mismo tiempo descubría ante el pueblo la burda trama, y en ese revés del tapiz dejaba bien patente la debilidad de la tiranía. “El tirano debe tener siempre en la boca las palabras de clemencia y religión; pero no debe preocuparse de faltar a ellas cuando lo exija su interés. Las crueldades son necesarias muchas veces, porque el objeto de un gobierno es durar, y esto no es posible sino con la ayuda del rigor.” El príncipe oye; pero el pueblo, también. Empiezan a jugar uno y otro a cartas descubiertas; y Maquiavelo, vividor, plebe, a pesar de su genio, estaba más cerca de un pueblo nuevo que de un príncipe nuevo. Mucho más todavía el español Luis Vives, porque en su patria no habían faltado nunca varones esclarecidos dispuestos a decir verdades que adoctrinaran igualmente al grande y al pequeño, guardando una generosa idea democrática sobre el rasero con que debían medirse los hombres.

A juzgar por el número de ediciones impresas en España, tanto del texto latino como de la versión, los *Diálogos* de Luis Vives sirvieron para la enseñanza, tal como su autor quería. ¿Hasta qué época se mantuvieron? Como describe la Corte y sus costumbres con tanta libertad, y, en general, ese criterio libre es el que trasciende en todas sus páginas, no dejaría de ser atacado y perseguido. El cardenal Juan Vona, que, según frase de Coret, “notó a Vives de insolente”, se-

Pasa a la Página 58

Vasconcelos vuelve a México. Le llaman en hora grave de la evolución nacional, algunos partidos; el Nacional anti reeleccionista, el Centro revolucionario de principios. Otros grupos se asociarán sin duda a éstos e irá creciendo la influencia de quien es firme director de hombres.

Fiel a su carácter y a su destino, ha escogido en este viaje la zona más peligrosa, el campo de las luchas ásperas. No le pidamos que se abaje a transacciones, acepte fintas o se salve con esquinces. Hombre entero, luchador cabal, vive siempre peligrosamente y aspira a superarse. México ha de respetarle y admirarle porque, loco de entusiasmo y de esperanza, ha creído en él, en la nobleza y en la capacidad de su pueblo. Podemos sonreír al recordar que, gracias a Vasconcelos, Esquilo y el Dante iban a ser populares en un gran país que no ha vencido todavía el analfabetismo. Pero aguijándole para que transforme en dos décadas, llevándole a brúler les étapes, ha demostrado energía y fe.

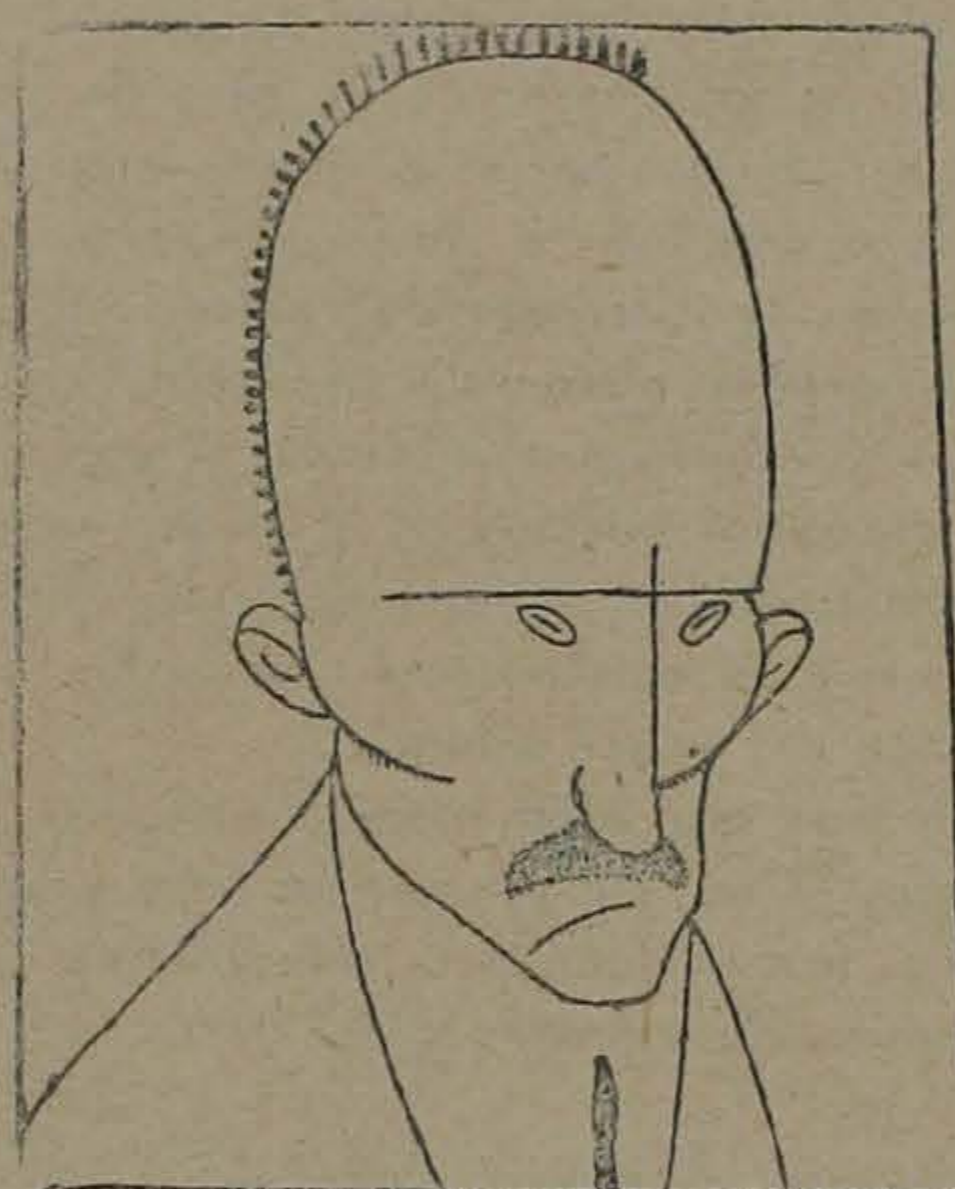
Ministro de instrucción, multiplicó bibliotecas y remozó escuelas, con el tesón de un Sarmiento nórdico, en lucha con las tinieblas invasoras. Otras veces, en destierro y en pobreza, viajó doliente, atarantado, por muchas tierras, buscando paz para su espíritu. El dolor de su patria le apretaba y parecía destinado a consumirle. Un día visitaba Egipto, otro organizaba un periplo por los países de la Europa Central, de Grecia clara pasaba a ciudades brumosas, a comprender y sentir lo gótico. ¿Dónde iba a detenerse el peregrino?

Antes de conocerle me inquietaban algunos rasgos que había puesto ya en su figura la leyenda. ¿Es demagogo que mueve pasiones y no sabe aquietarlas, que solamente aspira a destruir? ¿Es un iluminado sin el sentido de la realidad circundante? En el trato con él sabemos pronto que es un hombre cordial y dinámico, austero y generoso. Si alguna vez acepta la necesidad del mal, será, como en el Fausto de Goethe, para que de él surja el bien y redima a las sociedades. En todas partes se presentará como civilizador, con rudeza en ocasiones, pero con el orgullo de crear y concertar.

Maestro le han proclamado las nuevas generaciones americanas, de norte a sur, en las democracias enfervorizadas y en las repúblicas frías. Nadie ha alcanzado, antes que él, prestigio tan general, tan segura consagración. Maestro es, no el que define verdades sino el que suscita entusiasmos, levanta mitos, genera confianza, señala nortes precisos a actividades turbadas. Como observa y lee constantemente, le veréis abandonar tal idea, apurar una afirmación, corregir un extravío. Cambia y progresa, se niega a

## Vasconcelos vuelve a México

Colaboración inédita de Francisco García Calderón



José Vasconcelos

convertir en dogma sus lecciones.

Temo que muchos de sus discípulos no hayan comprendido su enseñanza. Si otros preparan violenta cruzada contra Estados Unidos, él enseña en la Universidad de Chicago, distingue donde todos introducen confusión; explica que, en el seno del gran pueblo, existe un idealismo pertinaz al lado de un imperialismo intermitente, virtudes sólidas, amor a los libros y a las ideas. Se le ha acusado de bolchevizonte, atado a Rusia por los vínculos de una ideología peligrosa, partidario de un comunismo que destruye el sentido de patria y establece la propiedad colectiva. Empero, él se presenta en sus libros como simple reformador agrario, semejable a otros de Europa, antes y después de la gran guerra. Enemigo del latifundio puede ser, pero no de la formación de un tercer estado que ame y cultive la tierra, de la pequeña propiedad, de una democracia de labradores. En un gran discurso, de regreso a México, acaba de decir que por encima de la lucha de clases existe la necesidad sociológica de la colaboración de todos los ciudadanos, sin excepción alguna, en una tarea común. ¿Puede darse fundamento más sólido para el patriotismo? La misma justicia le parece subordinada a un anhelo de superación, de continua exaltación castiza. Hasta su optimismo es limitado. Defiende libertades y al mismo tiempo define responsabilidades. Para el "barro humano" quiere el "rigor de la norma".

Si otros se complacen en dividir, él predica concordia y paz. Vedle llegar a una ciudad de su patria y pronunciar en el acto un himno de amor. Sólo el amor entiende, ha dicho, y por eso sólo el amor corrige. "Quien no se mueve por amor, verá que la misma justicia se le torna venganza". Va a ser llevado a la

presidencia y se preocupa de limitar el poder exorbitante del jefe del gobierno. Si los católicos son perseguidos, él les llama hermanos y considera que la campaña emprendida contra ellos es traición a la patria. En nombre de altas consideraciones, explica que donde el catolicismo retrocede, avanza el protestantismo y que México puede quedarse sin religión castiza y ser dominado por una secta extranjera.

En su excelente perspectiva de la literatura contemporánea de México, el señor Torres Bodet afirma que Vasconcelos es místico. Lo es seguramente, porque cree en la inspiración y en la intuición y desconfía de la razón y de sus silogismos. En una página ha recordado que el Presidente Madero comentaba el Bagavad Gita. El también ha leído el admirable canto y ha hallado la Regla benéfica: equilibrio, firmeza en el espíritu, dominio sobre los deseos inferiores, libertad de relación con bienes precarios. Ha buscado un orden, el más alto, el de la caridad, dentro de la jerarquía establecida por Pascal, y en él se mueve sin esfuerzo, pródigo en dones y visiones.

No sé qué ideas me separan de él. Llegado el caso de combatir alguna de sus tesis, hallaríamos al adversario franco y noble, pungido por altas ambiciones, servidor de ideales. El defiende una fe, no intereses menores. Si degenera la mística, como lo enseñaba Charles Peguy, si los principios sufren en el contacto necesario con impuras realidades, él lo sabe y de ello se lamenta.

Inquietan, desde el punto de vista científico, algunas de sus afirmaciones. Desdeñando doctrinas biológicas, exalta no la simple mezcla de dos sangres sino el mestizaje en su forma extrema, y saluda el advenimiento de la última raza completa, la raza cósmica, en la cual se juntarán todas las estirpes de la tierra. ¡Cómo se habría indignado Gobineau al leerlo y sufrirán los sociólogos norteamericanos de la escuela de Mr. Lethrop Stoddard al seguirle en su disertación. El joven maestro se entusiasma por lo que éstos condenan, la behetria, la confusión de herencias, el irredimible **chaos gentium**.

Es fácil descubrir en el temperamento de Vasconcelos elementos dionisiacos. Si se equivoca ha de ser por exceso de amor, porque es hombre de mucha fe. Notamos desde ahora en sus enseñanzas prudencia y mesura. Nunca será su biblioteca refugio o principado para él como en el caso de Próspero. Ha de plasmar realidades, formar hombres, redimir multitudes miserandas, transmutar pueblos. Está cerca de la tierra maternal, es individualidad representativa en una de-

Pasa a la página 62

## Noticia de libros

Viene de la Página 56

guramente lo hizo, no por haber leído sus obras, sino por haberlas leído demasiado. A que corrieran sin dificultad por España los **Diálogos latinos** contribuyó, de una parte, su propósito más aparente: el de traducir a lengua muerta expresiones nuevas del castellano contemporáneo, y de otra, la muerte del autor. En su juventud ya se le había impedido a Vives enseñar en Valencia. En la defensa de los rivales ineptos: "Política infernal — dice el buen D. Jerónimo — que se ha practicado muchas veces contra otros ingenuos de provecho, para que se encubra la ignorancia y queden los puestos inútiles para el público". Muerto el autor, al año siguiente de aparecer los **Diálogos**, ya no parecía tan temible su doctrina, ni hubo interés en confundirla toda ella con obras de mayor peligro, dada su índole puramente pedagógica. Lectura para niños. Lectura para maestros. Quizá echáramos de menos unas notas útiles a esta explicación, de tipo distinto a las que pudo escribir el discípulo de Coret. Tiempo habrá para ello, y no faltará quien lo intente, pensando en la enseñanza práctica más que en la doctrina, y buscando forma más accesible. Hoy se reducen estas líneas a elogiar la idea de esta exhumación, por la que podemos ver algo que no ocurre con todos los clásicos: que los **Diálogos** de Luis Vives no han muerto.

**LUIS BELLO**

"El Sol" Madrid.

### La obra de don Miguel Angel García

El "Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador" es sin disputa una obra interesante y la de más aliento que se haya emprendido nunca en nuestro país.

Hojeando las mil ciento cincuenta páginas de los dos primeros tomos, — que no comprenden sino una parte de la letra A — podemos darnos cuenta de la inmensa labor llevada a cabo por D. Miguel Angel García; y profundizando un poco, leyendo acá y allá con atención algunas de sus capítulos, nos formamos una idea del cuidado, la erudición, ecuanimidad y el cariño con que tan meritisimo autor se ha lanzado a su titánica empresa.

Porque sólo un amor intenso a la patria puede explicar el milagro realizado por el señor García; únicamente un acendrado patriotismo, secundado por una abnegación sin límites, pudo darle ánimos para vencer los mil obstáculos con que de seguro ha tropezado en su camino.

Nos sorprendemos cuando contemplamos esos monumentos del humano

esfuerzo que se llaman "Enciclopedia Británica", el gran "Larousse" o "Enciclopedia Universal Ilustrada", de la Editorial Espasa; pero en seguida comprendemos que esas obras grandiosas no son el esfuerzo de un hombre solo, sino de centenares de sabios y hombres eruditos, pagados con más o menos largueza por empresas poderosas de países donde abundan los elementos de toda clase, como bibliotecas riquísimas o archivos que atesoran, puestos en el mejor orden, documentos de remotas épocas, y profesores y especialistas en todas las disciplinas del saber humano.

¿Y con qué elementos contaba el Sr. García? Con su pluma, su entusiasmo y una firme voluntad, estimulados por un amor sin ejemplo a la tierra que lo vio nacer.

Porque, ¿cuáles son nuestros archivos y las ricas bibliotecas a donde acudir en busca de datos y documentos? ¿Quiénes son esos sabios o eruditos que pueden sacarnos de apuros en un momento dado, contestando a una pregunta o resolviendo una duda?

Hace un cuarto de siglo contábamos con una media docena de ellos, mas en estos momentos no creo que pasen de tres.

D. Miguel Angel García, con tesón admirable, desde hace algunos lustros viene buscando y recogiendo en las colecciones incompletas de nuestros periódicos y gacetas, y en los libros de los pocos historiadores dignos de fe, una enorme cantidad de datos históricos, algunos de valor incuestionable.

Si este hombre laborioso contara con medios propios de vida; si no hubiera tenido la preocupación constante del pan

para los suyos, por ser poseedor de un capital, su labor, sin desmerecer, se explicara mejor. Lo maravilloso es que el Sr. García no es más que un modesto funcionario que dedica al servicio del Estado ocho horas diarias, y el ímprobo trabajo que supone la obra colosal en que ha puesto todo su entusiasmo, lo ha llevado a cabo en las horas que debieron ser de descanso, acaso robándolas al sueño.

Hay algo aún más meritorio.

Don Miguel Angel García ha empleado sus energías sin la esperanza de ver su obra impresa y publicada: trabajaba únicamente por amor al estudio y a la gloria; pero no a la suya, sino a la de nuestra patria pequeña: El Salvador.

Modesto, como los hombres de positivo valor suelen serlo, vivió apartado, entregado por completo a su admirable trabajo, sin amigos poderosos e influyentes.

¿Quién había de conseguir de nuestros gobiernos que dándose cuenta del valor de la obra magnífica emprendida, se acordara su impresión a costa del Estado, ya que se han publicado, entre pocas cosas buenas, tantísimas vaciedades?

¿Podía esperar algo de un gobernante que repartiendo el oro de la nación a manos llenas entre indignos paniaguados, ni quiso destinar dos mil colones para que un Francisco Gavidia aceptara la invitación del Gobierno del Perú, que más que a él honraba a El Salvador, para asistir a las fiestas del centenario de Ayacucho?

Esta vez la Providencia nos tendió la mano haciendo que don Miguel Angel García tropezara con otro luchador de noble corazón — Don Miguel Pinto — y que por su medio hallara al mecenas en la dignísima persona del culto caballero Don Francisco Dueñas, a quienes el país debe el poseer hoy día ese inapreciable monumento de erudición y patriotismo.

El Salvador se honra contando desde ahora en la reducida falange de sus hijos ilustres a D. Miguel Angel García.

La patria está en deuda con ese modesto ciudadano que acaba de honrarla de modo tan brillante, pues como dijo hace poco nuestro gran pensador Alberto Masferrer, hay pueblos que no tienen otra gloria ni más fama que el haber sido la cuna de hombres excepcionales que la posteridad venera.

Pido perdón a mi excelente amigo si estas líneas ofendieran su modestia, pero ellas no son más que la expresión de la verdad, por la que guardo religioso culto, y pobre ofrenda que hoy deposito en el altar de la Justicia.

**JOSE M. PERALTA**

Madrid, diciembre 4 de 1928.

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica  
De Filosofía y Letras, Artes,  
Ciencias y Educación  
Misceláneas y Documentos

Publicado por

**J García Monge**

Apartado Letra X

SAN JOSÉ. Costa Rica, C. A.

### ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega . . . . . ₡ 0.50  
El tomo (24 entregas) . . . . . 12.00  
El año, para el exterior: 2  
tomos de 24 entregas cada  
uno . . . . . (oro am.) \$ 6.00

### AVISOS

La Pulgada cuadrada: 20 cts. oro  
la inserción.

En contrato semestral de Avisos, se da  
un 50% de descuento. En el anual, un  
10%

# Página lírica de Antonio Espina

PALABRAS DE UN ESTETA

CRUZ VERDE

La Sociedad.

La Sociedad no es lo suficientemente injusta y arbitraria,  
Militar, opulenta, jerárquica y contraria  
A todos esos lemas feos (tristes) de Libertad, Igualdad y Fraternidad,  
Que funden el púrpura y el negro en los betunes grises de la mediocridad.  
Sí.

Debe haber Esclavos, Obispos, Blasones, Camisas de fuerza . . .  
Muchedumbres siena y carmín de nobleza que ejerza.  
Señoril gobierno prepotente  
Bajo el absolutismo de

Un  
Rey  
Despótico  
Católico y  
Demente.

Sí.

La Tradición tiene un prestigio, un realce de Arte  
Que en la vida polimorfa moderna no aparece por ninguna parte.  
¿Quién ha dicho que haya de someterse todo al colectivo beneficio?

## DON CACIQUE (Oleo)

Personaje torvo.  
Malsín.  
Al fondo la dramática Sierra de Pancorbo.  
Sobre la nariz  
Espejuelos verdes  
Donde se ojeriza turbio mal cariz.  
Tipo de Satán,  
Mano de Caín.  
Muy Rey de los Naipes y muy sacristán.  
El semblante jalde,  
Capisayo gris,  
Empuñada en alto la vara de Alcalde  
Y  
A pesar de eso,  
Un breve infeliz  
De malas costumbres y muy poco seso.  
(Personaje torvo  
De un pueblo de la áspera Sierra de Pancorbo.)  
¡Oh!  
Lejos de París . . .

El buen Logos oficia.  
Arde por sus cuatro muros el Palacio de Justicia,  
Como una llaga de lumbre bajo el azul matinal.

En el cubículo lóbrego, salta la llama traviesa.  
Togas, legajos y causas se convierten en pavesas  
Tiznadas y estremecidas como el alma del Fiscal.

¡Voluta de culpa al viento, sahumerios incensariales!  
Negro hollín de veredictos y secretos sumariales,  
De cólera de alguacil y argucia de magistrado.

En el fallo de la lumbre nada resulta inocente.  
Huele a crimen, a escribano, a policía, a delincuente,  
A chamusquina de Temis, a discurso de abogado.

Los viejos maderos crujen entregados al furor  
De roja brasa encendida tintada en fuego, color  
De la sangre de los reos condenados sin clemencia.

(Del libro "Signario" (Versos). Indíce. Madrid. 1923.)

## MANOLA

(Los tipos ejemplares.)

I

Un hombre bonachón y tranquilo.  
El gato se le sube al hombro. El can le hace zalemas. Un niño  
se abraza a sus piernas. Una mujer iracunda — la suya — parece  
increparle.

En jarras. Violenta.

II

Un hombre terrible.  
El gato le huye. El perro le esquiva. El chiquito le mira asustado  
desde la puerta. Una mujer — quizás la suya — se abraza a su cuello  
Dulce. Sumisa.

III

Haremos mal en generalizar.  
Pero hay aquí, evidentemente, una postal popular.

(Del libro "Pájaro Pinto". "Revista de Occidente". Madrid. 1927.)

Panamá es un pueblo muy pequeño — medio millón de habitantes — y muy joven — veinticinco años de vida independiente—, pero de un ímpetu muy grande. Su vecindad, en la zona del canal, con la formidable república norteamericana no le ha aminorado, sino más bien acentuado, su espíritu de independencia y su tradición hispánica.

Sin problemas bélicos que resolver— Panamá no tiene Ejército ni Armada—, ha dedicado toda su atención y todos sus recursos a tareas constructivas y remuneradoras: fomento, sanidad, instrucción pública, etc., alcanzando en estos ramos un desarrollo insospechado, dadas las posibilidades del país.

La proximidad norteamericana podrá haber sido un peligro para la autonomía espiritual del país. Pero aun cuando en algunos aspectos de la vida nacional, sobre todo en el económico y técnico,

## Panamá, un pequeño gran pueblo

exista una positiva influencia de los Estados Unidos, en otros, como en el político y en el pedagógico, apenas es perceptible.

En Panamá se advierte, en pequeño, el mismo fenómeno que se observa en toda Suramérica, o al menos en todas las repúblicas del Pacífico: el creciente y arrollador influjo económico norteamericano no guarda ninguna relación con el espiritual o cultural, que es prácticamente inexistente.

Pero en Panamá esa actitud defensiva tiene para nosotros un interesante aspecto positivo: la acentuación de su carácter hispánico y de su afecto a España. Dos hechos importantes y recientes han venido a demostrar esta tenden-

cia hispanófila de la joven república panameña. Uno es el intercambio de estudiantes panameños y de médicos españoles que acaba de celebrarse por medio de nuestra Junta de Relaciones Culturales y que es el primero en su género realizado con América.

El otro hecho, aún más significativo, es la ley votada por el Parlamento panameño y acabada de sancionar por el Presidente de la República, en virtud de la cual Panamá ha acordado contribuir al sostenimiento de la Unión Iberoamericana, de Madrid, con una cuota anual de 500 dólares, o sea a razón de un dólar por cada mil habitantes, y a la vez se ha dirigido a los demás Gobiernos hispanoamericanos proponiéndoles la adopción del mismo acuerdo. Si esto ocurriera así, nuestra Unión no tendría

Pasa a la página 63.

# Margarita Ogilvy

POR SU HIJO  
JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

CAPÍTULO VIII

## Un pánico en la casa

Sentado en mi escritorio de Londres, recibí un telegrama en que se me anunciaba que mi madre estaba gravemente enferma. Tomé mi sombrero y salí a escape para la estación. Esto se repitió más de una vez. Estoy seguro que una veintena de veces se me llamó de mi pueblo de Escocia con la misma premura, y desde la entrada a la pequeña estación ya iba yo sacando la cabeza por la ventana del coche de ferrocarril a sorprender en la mirada de un semblante familiar la respuesta a la interrogación que se leía en la mía. Estos ataques venían con tanta regularidad como el comienzo de cada invierno, pero eran menos regulares en desaparecer. En el curso de todos ellos, noche y día, veo a mi hermana ir y venir incansable, tan solícita a pesar de la pérdida de sus fuerzas, que mi cabeza se inclina en homenaje a ella. La catástrofe se acercaba. El médico nos aconsejó llamar una enfermera, pero mi madre se asustó al mero nombre de ésta. Una extraña en la habitación de mi madre —uno que esté acostumbrado a ver servidumbre no sabe lo que eso significaba para nosotros.

Había que tomar una sirvienta, entonces. La transacción era apenas menos horrible. Mi padre se arremangó y empuñó la escoba. Yo eché mis papeles a un lado y quedé listo para hacer los mandados. El atendió a la puerta, yo mantuve el fuego; él me dió una lección en materia de cocina, yo le mostré cómo se hacían las camas; uno u otro andaba con delantal. No había de durarnos mucho. Se me condujo a mi escritorio; el periódico fué puesto otra vez en manos de mi padre. ¡Pero una sirvienta! gritamos a una, y quisimos volver a nuestros quehaceres domésticos.

—A esta casa no entra ninguna sirvienta, dijo mi hermana con gran vehemencia, ¡y si viérais vosotros el alivio que esto trajo en la expresión de mi madre! Esta escena se repitió muchas veces, diría que todo un año, antes de que nos diéramos por vencidos.

No sabría decir cuál de nosotros lo sentía más. En Londres yo estaba acostumbrado a la servidumbre, y en momentos de irritación los llamaba con furiosos campanillazos, aun cuando de seguro mis maneras cambiaban al verles entrar. Aún he sabido portarme en presencia de esos señores que llevan calzón corto y cascaca de terciopelo, dándole a uno mi sombrero, al otro mi bastón y al tercero mi sobretodo, y esto con muy poca más molestia de la que me habría tomado si hubiese puesto yo mismo mis prendas en la silla. Pero estas acciones temerarias, y otras de igual índole, las llevé a cabo solamente con el propósito de poder contárselas más tarde a mi madre, sentado a los pies de la cama y viendo cómo su

cara se iluminaba de asombro y contento.

Yo había visto sirvientes desde mis primeros años. El hidalgo del pueblo tenía uno, el Banco otro. Una de las cosas para que servía era para caer sobre los malvados muchachos que jugaban conmigo y sacarlos afuera en vilo. El banquero no me parecía realmente una gran persona, pero su sirvienta, vaya que sí. — Sus botas crujían a cada paso que daban de la entrada al fondo de la iglesia; se decía que tenía diariamente carne en sus comidas. En vez de reunirse con su galán junto al pilón, se lo llevaba al campo, de donde él volvía con rosas silvestres en la solapa (que trataba de ocultar con la mano) y mostrando en su cara esa preocupación del que sabe que la amistad de su dama es a condición de que no vuelvan a comer con el cuchillo.

Ahora que podíamos costear sirvientes para nuestro uso exclusivo, la idea de hacerlo me intimidaba. Ya no sería la misma casa, tendríamos que vivir cada uno por su lado, y yo me veía ya todo el santo día hablando puro inglés.

Uno no conoce al escocés más allá de la corteza hasta no haberle visto en familia. En su oficina, en clubs o en reuniones sociales donde uno cree estar en amistad estrecha con él, resulta en realidad como una casa con la puerta atrancada y los postigos cerrados. Su terquedad no es premeditada, con frecuencia es contra su voluntad, y de mí sé decir que procuro mantener las persianas descubiertas y hasta pongo el pie contra la puerta, pero así y todo se me cierra de golpe. En muchos aspectos

mi madre era tan reticente como yo, aunque sus maneras eran tan amables como las mías son ásperas, y mi hermana era la más reservada entre todos nosotros. Podría ver tal vez un rayo de luz a través de mis junturas, pero mi hermana poseía dobles batientes.

Ahora bien, parece ser una ley de la naturaleza que una que otra vez hemos de mostrarnos tales como realmente somos, y como el escocés debe hacerlo en el hogar, comprimiendo el día en una hora de intimidad, lo que resulta es que allí es superlativamente franco, deja desbordarse los sentimientos tanto tiempo comprimidos, y de consiguiente, la familia escocesa tiene probablemente un mejor conocimiento de sus miembros entre sí, y sabe menos de lo que pasa fuera de la parentela, que cualquiera otra familia en el mundo. Y como conocimiento engendra simpatía, el afecto que entre ellos existe es casi penoso en su intensidad; no tiene más que dar de lo que tienen sus vecinos, pero lo reparte entre unos cuantos en vez de darlo a muchos; se les considera cicateros: por lo menos en el círculo de la familia, ellos pagan en oro. En esto, creo yo, se encuentra la verdadera explicación de por qué la literatura escocesa, mucho antes de los tiempos de Burns, ha estado casi siempre inspirada en temas del hogar, y desarrollando éstos con una apasionada compenetración.

¿Había de dejar que una mujer entrara en casa a descubrir que al fin y al cabo no era yo el hocico animal que tenía fama de ser? Vendrían a sorprenderme cuando llevaba descornado mi velo de de-

sabrimiento. Mi voz cuando estoy en compañía es tan baja, que mi primera observación es tomada apenas como una indicación de que voy a hablar (semejante en esto al escape de la cuerda poco antes de que el reloj dé la hora). ¿Habría que revelar el hecho de que tengo otra voz, y que hay una puerta en cuya umbral siempre dejaba mi reserva? ¡Ah!, aquella habitación, ¿tendríamos que airear sus secretos? Eran éstos tan alegres cuando mi madre estaba en buena salud, que nada de extraño tenía que nos pusiéramos bulliciosos. Una y otra vez Dios nos la había devuelto de las puertas de la muerte; nuestra acción de gracias era por el glorioso presente, y en nuestro corazón y en nuestras plegarias reconocíamos ta, no importa lo que nos reserva que nuestra felicidad era completa el porvenir.

No habíamos esperado hasta el fin para reconocer su valor: mi madre solía decir: "Uno no sabe lo poco que ha menester en este mundo hasta después de haber experimentado su pérdida". Pocas observaciones más verdaderas que ésta, pero durante los últimos años de su vida nosotros sentíamos ese íntimo regocijo de tenerla presente que hoy nos brinda su memoria. Repito, pues, que no era extraño que nos expansionáramos en su cuarto, pero nos mostrábamos así sin otro testigo que Dios, y sólo a El nos volvíamos en nuestra angustia durante esas alarmas nocturnas en que andaban luces trémulas de una parte a otra de la casa, y caras descoloridas se agrupaban junto al lecho de mi madre. No era para ojos extraños el vernos cuando, en esas largas vigiliadas, nos pasábamos sentados a la espera, ni esas noches críticas en que con los dientes apretados nos disponíamos a recibir el golpe. Y el peligro pasaba, su mano era menos ardiente, su respiración más calmada; volvía a sonreírnos. Otra vez podía yo irme a trabajar por momentos, y me alegraba de ello pero, ¿qué valía mi labor comparada con la alegría de oír aquella voz en la pieza vecina? Ahí estaba toda la labor de que yo me sentía orgulloso; lo demás no es más que fruto de esfuerzo y paciencia, hecho para darle a ella abrigo y alimento y más blandas almohadas. El millar de cartas mías que ella guardaba con tanto cuidado, al extremo de que la última se encontró sobre su colchón, son todos los escritos míos de que me siento orgulloso. Ni a cambio de haber escrito un libro inmortal querría que hubiese allí una sola carta menos.

¿Cómo se afanaba mi hermana sin otro objeto que el de que ningún extraño viniera a mezclarse en el manejo de la casa! ¡Y con qué energía mi madre procuraba "volver a ser la de antes", con el mismo objeto!

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## LA SASTRERIA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de ₡ 4.50 c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERIA AMERICANA; son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

*En Costa Rica hay una juventud pujante. Tiene un gran porvenir, tiene una gran riqueza que puede servir para el surgimiento de una gran cultura. A la juventud le toca tomar el puesto de los viejos, serenamente, sin rencores y sin personalismos.*

OMAR DENGO

(Palabras dichas minutos antes de morir)

Ahora que todos buscamos en quien prender nuestra confianza para que continúe la obra fuerte de don Omar en la Escuela Normal, recuerdo sus últimas palabras a los jóvenes y pienso que como un homenaje al querido maestro debemos encender el corazón — que es en donde encontramos en nosotros mismos lo más bueno de su labor— y ponernos a buscar entre sus discípulos al joven honrado y valiente que lleno de entusiasmo y de fe, sea capaz de ofrendar su vida entera al servicio de la Escuela Normal; sea capaz de mantener mientras dure su paso por ella, el espíritu de esa Escuela que don Omar animó e hizo crecer transfundiéndole la esencia de su propio ser.

Al recordar sus últimas palabras me

## La Dirección de la Escuela Normal

digo: ¿Acaso no hay entre nuestros jóvenes quien pueda tomar en sus manos altas responsabilidades de la vida del país, diga y pruebe con alegría que surgen nuevas fuerzas capaces de crear y realizar arduos trabajos? ¿Para qué ponerse a discutir si en la dirección de ese colegio debe estar un joven o un viejo? Todos los que pensamos con desinterés en el asunto — jóvenes y viejos — sentimos que si hay un joven maestro ferviente y equilibrado por el estudio y el trabajo, como lo fué don Omar, puede perfectamente continuar su obra.

Cuando don Omar llegó a tomar la dirección de la Escuela Normal apenas si tendría treinta años . . .

Creo que los jóvenes que tienen fe y entusiasmo inteligentes no son menos venerables que los viejos cargados de experiencia.

La vida de los estudiantes de la Escuela Normal será noble si logran ser guiados por profesores honrados y activos, capaces de despertar preocupaciones en la juventud que los rodea: la edad del profesor es cosa secundaria si se trata

de un individuo fuerte moral y físicamente. Entre los jóvenes tenemos a Carlos Luis Sáenz, digno hijo de la Escuela Normal, siempre leal con sus ideales y uno de los profesores que prestó eficiente cooperación en la labor de don Omar. Fué uno de sus discípulos predilectos y yo siento que él vería con alegría que Carlos Luis viniera a ocupar el puesto que la muerte dejó vacío. Pienso que llamar este muchacho a la dirección de la Escuela, sería encomendar en manos fuertes y honradas el trabajo sabio y fecundo que durante diez años llevó a cabo don Omar. Pensar que lo realizaría sin dificultades ni fracasos, sería ingenuidad; pero los que lo conocemos sabemos que una y otros serían transformados en su espíritu en ricas experiencias.

Mientras escribo estas palabras, preocupada por el porvenir de la Escuela Normal, recuerdo al gran educador inglés Sanderson, "que siendo apenas profesor de ciencias, con cierto prestigio, sin práctica en gobernar colegios", fué llamado por el Consejo Administrativo a dirigir el Colegio de Oundle, que fué transformado por Sanderson en un tipo completamente nuevo y logró además rodearlo de un prestigio que nunca alcanzara Oundle

Su pretensión era que ahora estaba siempre bien de salud y ocultaba sus achaques con tal habilidad, que teníamos que probárselos a ella misma.

—¿Me parece que no te sientes bien hoy?

—Estoy perfectamente bien.

—¿Dónde sientes el dolor?

—Es cosa que no vale la pena.

—¿Es el corazón?

—No.

—¿Te duele al respirar?

—Nada de eso.

—¿Sientes otra vez esas punzadas en la cabeza?

—No, no; ya te digo que no tengo nada de nada.

—¿Te duele el costado?

—Francamente es cosa que irrita el que no pueda ponerme la mano en el costado sin que te figures que siento un dolor.

—¡Tienes dolor en el costado!

—Podiera ser.

—Y estás tratando de ocultarlo. ¿Te duele mucho?

—No es . . . no es tanto que no se pueda soportar.

Cuál de las dos cedió primero, no podría decirlo, bien que a mí me tocaba la tarea de convencerlas. Si una iba cediendo, la otra se revelaba, de manera que a veces tenía dos conversas en la semana, pero nunca el mismo día. Llevaba a una aparte y la instaba a ceder para bien de la otra, pero ellas veían sin esfuerzo a través de mis artimañas. Podiera ser que mi madre se encarara re-

sueltamente con mi hermana y le dijera:

—He estado pensándolo y creo que me acomodaré muy bien con una sirvienta . . . una vez que nos hayamos acostumbrado.

—¿Fué él quien te dijo que me vinieras con eso? — preguntaba bruscamente mi hermana.

—Lo digo de mi propia voluntad.

—Estoy cierta de que él te ha mandado y te advirtió que no fue-

ras a dar entender que lo hacías para aliviarme.

—Y aunque fuese así; creo que debemos tomar una.

—No porque yo la necesite, decía mi hermana con obstinación. Y entonces mi madre venía a mí sin poder disimular su satisfacción:

—¡No quiere atender a razones!

Pero un buen día la sirvienta quedó contratada; y sería fácil imaginárnosla a la ventana, aguardándola con cara de duelo, mien-

tras tratábamos de consolarnos uno al otro con palabras como éstas:

—Se acostará temprano.

—No hay para qué suba con frecuencia la escalera.

—La mandaremos a dar un paseo todos los días.

—Tendrá muchos mandados que hacer en la calle. Le diremos que no se apresure a volver.

—Tendrá que ir tres veces a la iglesia todos los domingos, y haremos que vaya a las conferencias piadosas.

—Lo más probable es que tenga amistades en el pueblo, y la dejaremos ir a visitarlas con frecuencia.

—¡Si tuviera la audacia de entrar a tu pieza, madre!

—No olvide ninguno de ustedes esto que voy a decirles: sirvienta o no sirvienta nadie más que yo doblará la ropa blanca.

—No la dejaremos que asee la sala.

—Ni que arregle mis cajones.

—Ni que ordene mis papeles.

—Lo único que me consuela es que pueda gustarle la lectura. Podrías darle un libro y luego disimuladamente dejarla encerrada.

Y cosas por el estilo. ¿Hubo nunca sirvienta más temida? Y cuando — en momentos de ansiedad, cuando sus méritos debían ponerse al instante a prueba — ella vino, del comienzo al fin fué un tesoro. No sé qué hubiéramos hecho sin ella.

## QUIEN HABLA DE LA GERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERIA, REFRESQUERIA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, Taller Mecánico, Establo

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, Que PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS Clientes

----- FABRICA -----

CERVEZAS

Estrella, Langer, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Na-

ranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola **DÓBLE EFERVESCENTE** y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSE - COSTA RICA.**

Embajadas de buena voluntad han partido de los rascacielos rumbo a las casas bajas. Primero fué Lindbergh, efébo alado, que esconde, como los griegos de Pericles, bajo la gracia que parece espontánea, el esfuerzo metódico de la inteligencia y del músculo. Después, otros y otros hasta Hoover que elige para transportar su ramo de olivo el casco formidable de un acorazado.

¡Paz a los hombres de buena voluntad! promete el Evangelio cristiano. ¿Estos embajadores llevarán de verdad entre los pliegues de su toga la paz o la guerra? ¿O su buena voluntad será al mundo como los ideales son al hombre, es decir, índice del bien que anhela, pero no del que es capaz de realizar?

Aún se estremecen las ondas trasmisoras de los discursos de Hoover y ya resuena el corazón bronceado de la América con el rebato guerrero. Bolivianos y paraguayos retroceden hacia Abel y Caín. En el momento en que esto escribimos parece que la cordura vence y que acaso se evite la guerra.

¡Una guerra por dificultades fronterizas! ¿No es algo arcaico, primitivo y casi salvaje? Una indiada. Y ha estado a punto de suceder, y si se la ahuyenta hoy, ¿estamos seguros de que no venga mañana? Todavía, pese a los aparatos que captan para esparcirlo por las naciones el hasta ayer efímero soplo de la voz humana, pese a los artefactos devoradores de distancias, pese a la sincera obra de fraternidad intelectual, este troglodita que todos escondemos debajo de nuestra capa de civilización, aulla hambriento de carne humana.

Cuando la Liga de las Naciones y otras entidades por el estilo adoptan conclusiones de propaganda pacifista, yo me pregunto si sus esfuerzos no van desorientados. La guerra y la paz, ¿no las llevamos todos en el pecho? La guerra es la vuelta a la barbarie, a la violencia y al canibalismo. ¡Cúbtrasela con el lábaro más santo! Llámese a este patriotismo — aunque el amor a la patria debe y puede expresarse de otro modo—; llámesele salvamento de la civilización, (frase que tanto escuchamos mientras se devoraban unos a otros los

### La Dirección . . . . .

Viene de la página 61.

en sus cinco siglos de existencia anterior.

Parece maravilloso el camino por donde este hombre llevó su colegio, pero es que el único pecado que no perdonaba era el de la falta de entusiasmo, el de la falta de deseo de crear y me parece que en esto del entusiasmo son más ricos los jóvenes que los viejos.

Luisa González

San José, enero 19 de 1929.

## Meditaciones breves

### Embajada de buena voluntad

ejércitos a las orillas del Marne), en el fondo no es sino el desencadenamiento de los instintos salvajes. El subconsciente antropófago que ahoga al civilizado amante de la paz y respetuoso de la vida humana.

Cometeríamos una injusticia hacia el troglodita insinuando que sólo se gozaba en la acción bestial, porque junto a tales furiosos, alboreaban sentimientos que, desarrollándose en el devanar de los tiempos, han hablado por las bocas de videntes, de sabios y de poetas. Mas cerca del bruto, creía indispensable matar para defenderse. Sin embargo, en el bajo pueblo hoy día, ¿no existe esa misma tendencia, no hay también igual

### De Max Grillo a Gonzalo Carnevali

Carbour, julio 31 de 1928.

Señor don Gonzalo Carnevali — Bogotá.

Su conferencia sobre la tragedia de Venezuela me ha conmovido profundamente. El dolor maduró su espíritu y la palabra sale de sus labios como purificada por una llama divina. Su corazón carece de escoria porque padeció indecibles torturas por la libertad humana.

Hay algo del dolor que padeció el conde Hugolino en el dolor y el tormento que sufrió su padre. El arzobispo Ruggieri, que condenó a morir de hambre encerrados en la célebre torre, al padre y a los hijos, fué el espantoso antecesor de los tiranos de la patria de Bolívar. Y qué irrisión desesperante hay en pensar que los sostenedores intelectuales del déspota andino viven exaltando la magnanimidad del Libertador, y con proclives voces nos insultan a algunos colombianos porque pedimos justicia histórica para los próceres que crearon la libertad civil en Colombia.

Me atrevo a pensar que usted ha escrito una página que ha de perdurar en la historia de Venezuela.

Espero que la juventud colombiana, que mis compatriotas todos, hayan visto en usted y en su compañero Leoni, a dos hermanos, a dos huéspedes sagrados.

Quizá usted logre ver el fin del despotismo venezolano. Felices los que en tal día puedan felicitar al estudiante de hoy, que será entonces una gloria de su patria.

Le estrecha la mano con fraternal afecto su admirador.

Max Grillo.

desprecio por la vida humana? ¡Una puñalada! ¡Con qué facilidad se hunde en una entraña! Un niño que se muere. ¡Qué importa! Un angelito más al cielo!

La yacija de la guerra ahí se esconde: en los instintos, cuanto menos frenados por el trabajo intelectual, más dispuestos a lanzarse como perros rabiosos. Los embajadores de la buena voluntad, los querría vey yo llegar hasta el lagar de la raza, que no quedaran flotando sobre las ondas superficiales, sino que tocasen fondo y que bajasen hasta el pueblo de instintos contumaces.

Vienen de los rascacielos soberbios, engreídos de su poder y de su riqueza. Y valdría preguntarse si no necesitan sus habitantes, más que los nuestros, tímidos y débiles, predicadores de buena voluntad. Porque cuando se exuda fuerza, si los frenos de la cultura no son recios, saltan hechos pedazos por los instintos.

La guerra y la paz en todo el mundo es tema de educación. ¿Emprenderemos alguna vez la cruzada de cultura profunda que hace falta para redimirnos?

Amanda Labarca.

Santiago de Chile, enero de 1929.

### VASCONCELOS VUELVE A MEXICO

Viene de la página 57.

mocracia que sabe conciliar el refinamiento y la rudeza, pero su misión es el apostolado, la fundación de un tercer reino de armonía, de trabajo, de bondad, de abundancia y de paz interior. El trae la *catarsis* porque la tragedia ha durado mucho y en medio de pasiones desatadas puede desquiciarse la nacionalidad.

Francisco García Calderón

París, diciembre 1928.

### VENDEMOS:

Adolfo Posada: <i>El régimen municipal de la ciudad moderna</i> . Tercera edición	Q 9.00
Horacio Quiroga: <i>Cuentos de amor, de locura y de muerte</i> . . . . .	4.00
L. López de Mesa: <i>El libro de los apólogos</i> . . . . .	3.00
Montaigne: <i>Páginas escogidas</i> . . . . .	2.50
Antonio Machado: <i>Poesías completas</i>	5.00

### LIBROS QUE LE CONVIENE ADQUIRIR:

E. Kretschmer: <i>La histeria</i> . . . . .	Q 3.50
H. A. Kramers: <i>El átomo y su estructura</i> . . . . .	7.75
Leopoldo Lugones: <i>El libro de los paisajes</i> . . . . .	4.00
Arturo Capdevila: <i>Zincali</i> . . . . .	4.00
José Vasconcelos: <i>Indología</i> . . . . .	5.50
Julio Camba: <i>Un año en el otro mundo</i>	3.50

**Panamá, un pequeño . . .**

Viene de la página 59.

nada que envidiar a la Unión Panamericana. Y todo ello por iniciativa del Gobierno de un país que algunos han creído sometido a la influencia de Washington . . .

Desde el punto de vista pedagógico, Panamá está en camino de contar con una instrucción pública eficiente. Claro es que en veinticinco años que tiene de existencia la república no ha podido remediar todo lo que no se había hecho antes. Pero está en vías de lograrlo.

Por lo pronto, cuenta con una minoría profesional culta y preparada. Sus hombres directivos han sido educados en Europa y Norteamérica y están al día en los problemas de sus especialidades. La república, a falta de tradición nacional, ha buscado fuera, con muy buen sentido, lo que no tenía, y cada año envía numerosos estudiantes y profesores pensionados a estudiar en el Extranjero.

La dirección de la enseñanza está encomendada a hombres competentes y entusiastas: antes a O. Méndez Pereira; hoy, a J. B. Duncan, quienes han sabido rodearse de los necesarios colaboradores técnicos; recordemos sólo al actual inspector general de Enseñanza, José D. Crespo, antiguo discípulo de Dewey y preparado eficientemente para su labor.

Panamá cuenta con un magnífico Instituto Nacional, en el que se hallan sus Escuelas o Facultades de Derecho, Agrimensura y Farmacia, un Liceo y una Escuela Normal. Rector de este Instituto, verdadero microcosmos universitario, es el doctor Moscote, uno de los hombres de más valía y empuje intelectual de Panamá. El Instituto Nacional, que cuenta desde un "kindergarten" a las Facultades universitarias superiores, constituye a la vez un ejemplo de escuela unificada.

La enseñanza primaria, que está muy atendida en las ciudades de Panamá, se va desarrollando rápidamente por toda la república. El problema actual es llevar a la población rural los medios de cultura y perfeccionamiento ya existentes en las ciudades, acentuando el aspecto profesional.

Además, el Gobierno panameño se preocupa de la formación y perfeccionamiento de sus maestros, sabiendo que éstos son la base de toda enseñanza. Con tal objeto ha creado becas de estudio en el Extranjero, cursos de verano y bibliotecas escolares en cada distrito escolar. Existen también "Centros de colaboración", o sea reuniones periódicas de los maestros de las escuelas más próximas con fines culturales, profesionales y de intercambio intelectual. En el orden es-

colar hay que contar también con los clubs de padres de familia, en número de doscientos cincuenta, que laboran en perfecta armonía con las autoridades escolares y los maestros en bien de la escuela y los niños; los huertos escolares en las escuelas rurales, que tan buenos resultados están dando; las sociedades cooperativas escolares para proteger y ayudar a las escuelas, etcétera, etc.

En suma, Panamá está en franca ascensión desde el punto de vista pedagógico. Su desarrollo cultural es ya grande, por constituir uno de los puntos de tráfico más grandes del mundo.

Esta misma posición geográfica debería hacernos prestar más atención a la república panameña, pues, como lugar de tránsito, lo que se hace en ella adquiere gran realce a la vista de todos.

Panamá es, en efecto, la antesala natural del Pacífico . . . En este sentido, ¿qué cabría hacer intelectual o culturalmente? Desde luego no parece fácil constituir allí una Cultural Española, como se ha hecho en otras repúblicas hispanoamericanas de mayor población y colonia española. Pero si esto no es posible, podría lograrse que los conferenciantes españoles que fueran a las Antillas o a las repúblicas del Pacífico se detuvieran en Panamá unos días. Ello no sería muy costoso, y en cambio se correspondería así a la simpatía y cordialidad del pueblo panameño. Ya que los barcos españoles dejen de pasar el canal, que por lo menos no se rompa la relación intelectual entre los dos pueblos . . .

Lorenzo Luzuriaga.

"El Sol". Madrid.

**Bolivia y Paraguay**

**Dos Repúblicas hermanas que andan a la greña por "un palmo más de tierra"**  
 "Que yo tengo aquí por mío", se oye decir en inglés y en brasileño a los fruteros y caucheros que sacarán solos el provecho del inútil y estúpido desangre paterno.

Desde la antiplanicie "lunar" de Bolivia, por donde rumian las alpacas y llamas de "ojos de harén" las ralas matas de torales y yaretas, traspondrán la argentada crestería andina y bajarán por las pagosas cañadas orientales, los melancólicos aimaraes del "Alto Perú" gritando guerra a los vertiginosos guaraníes del lírico Pilcomayo.

Quizás los enardezca a los primeros el recuerdo del "Demonio de los Andes": el cínico y valiente Carvajal y el del sutil Garcilaso el Inca, cuyas sangres fundidas con la de los descendientes de Tupac - Amarú pondrá en sus impetus "desinencias" castellanas no inferiores que las que pondrán al recibirlos los descendientes de Cabeza de Vaca y de Garay.

Tiene Bolivia cerca de dos millones de kilómetros cuadrados. Más de la mitad la ocupa la meseta fría que a 4.000 metros corre desde las alturas de Tujuy hasta el navegable lago Titicaca por parajes de aullidos de viento y de claridad espectral reverberada desde las alturas del Illimani, del Sorata y del Huaína Potosí.

Las aguas semiheladas corren por el Desaguadero entre el gran lago y el Poo-po, o Pampa Aullagas.

En el salar de Uyuni matan sus heladas siberianas y su "puna" todo intento de vida, y leguas y leguas ininterrumpidas de estepa salitrera sólo ofrecen a la vista, de tarde en tarde, humildes ca-

serios barrizosos, con chozas cónicas con una sola abertura, que sirve de entrada y de respiradero de humos.

Sus nombres evocan la quietud de tumba de la elevada paramera: Nazareno. Silencio.

Mascando coca y entibiándose al dorado sol, transcurre el tiempo inmutable para las gentes que hoy contemplan, hieráticas, el paso del tren de Buenos Aires, o de Antofagasta, como ayer el de los soldados de Rojas, por la quebrada del río Tatasí, buscando el camino del Tucumán y del Plata.

Traspuesta la cordillera que de Norte a Sur la divide en dos partes casi iguales, surge la vertiente altántica del Paraná y el Amazonas. La de los terrenos litigados.

Ríos de pesadilla. Florestas impenetrables. Derroche de vida desbordada y riquezas y . . . fiebres como compensación para los escasos hombres que la codicia o la necesidad sepulta en aquella vorágine tropical, que será, andando el tiempo, uno de los imperios de riqueza en la rica América, pero que hoy no vale, si no es con provecho de tercero, los hombres que van a sacrificar bolivianos y paraguayos.

Sin caminos practicables, unos y otros se inutilizarán sin combatir entre las marañas de la selva y en las traiciones del inmenso pantano, por donde han de caminar semanas enteras, antes de que puedan avistarse los pequeños ejércitos.

Al final de la contienda: odio y recelos que retrasarán su desarrollo.

El provecho de la embrutecedora coca y del utilísimo caucho; del café y del quebracho; de la canela y de las plumas; del cobre y de la plata, será para

. . . ya hemos dicho que Solón, a su llegada del largo viaje que hiciera al extranjero, se encontró con la desagradable sorpresa de que su amigo Pisístrato, un compañero de juventud, simple ciudadano de Atenas, de noble familia, aunque no de sangre real, se había apoderado del Gobierno y regía el Atica como un tirano. Desde este momento debió preocupar a los espíritus superiores de Grecia la aparente incompatibilidad de la democracia con el industrialismo naciente. La tiranía parecía hacerse general; todos los estados griegos, a excepción de Esparta, iban cayendo más o menos francamente en poder de ricos mercaderes sin escrúpulos, que con sus riquezas compraban partidarios y entronizaban a sus hijos como señores hereditarios para dirigir los negocios complicados de las polis democráticas. Por esto Solón, en su vejez, exclamaba así: "El comerciante reina soberano, y el mal señor sobre los mejores. Esta es la lección que todo el mundo debiera recordar constantemente: cómo en todas partes la riqueza consigue reino, fuerza y poderío".

Mucho más tarde Platón, preocupado por el mismo problema, y mostrando un pesimismo que se parece mucho al de Taine y Renán, dice: "Cuando un tirano consigue el poder, lo obtiene apoyándose en la democracia. Se hace primero el protector del pueblo y se cambia después de protector en tirano . . . El campeón del pueblo, encontrando una multitud desesperada que está dispuesta a seguirle, esclaviza y mata y amenaza con cancelar las deudas y repartir las tierras. Cuando alguien procede de este modo, acaba, necesariamente, aniquilando por sus enemigos o haciéndose un tirano y cambiando de hombre en lobo. . . ."

Como se ve, los escritores atenienses, conociendo los peligros de la democracia, no desesperan de ella, como los hombres modernos, y con sagacidad y conocimiento de causa tratan de prevenir la dictadura. Aristóteles sostiene que "es muy conveniente que los políticos tengan una regular fortuna, sin ser muy ricos", para evitar la oligarquía y la ti-

media docena de "companys" y algún que otro "jazendeiro" vecino.

Verdaderos amos de estos y otros territorios sobre los cuales el caudillismo y la politiquería extienden las banderas de "patria" y "muerte" mientras se ríen los que debieran llorar si el hispanoamericano fuera algo más que banquete, y sablazo, y charlas, y fiestas de raza.

Juan de Medina

"El Sol". Madrid.

## Testimonio

El gran peligro: la alianza de los poderosos, por la riqueza o por las armas, con la democracia.

ranía, pero insiste en que el gran peligro estriba en la alianza de los poderosos, por la riqueza o por las armas, con la democracia. "En la antigüedad — dice Aristóteles — . . . cuando un individuo era a la vez demagogo y general, el resultado era la tiranía. Es un hecho probado que la mayoría de los primitivos tiranos empezaron siendo demagogos".

Hoy vamos admitiendo que, aun siendo innegable que algunos de los tiranos griegos eran guerreros profesionales, que conquistaron el poder con las armas, la mayoría lo obtuvieron por sus riquezas; eran mercaderes o armadores y habían hecho su fortuna con las minas, traficando con metales; eran más bien lo que hoy llamaríamos banqueros que políticos y capitanes. Es lo mismo que ocurrió en Italia en el siglo XV; es cierto que los Sforza eran *condottieri* y que ganaron a Milán con su bravura en el campo de batalla, pero los Médicis eran banqueros; los Bentivoglio, de Boloña, empezaron con una fábrica de tejidos de lana; los Gambacorti, de Piza, eran mercaderes; los Vignate, de Lodi, simplemente millonarios por la usura.

. . . El segundo punto interesante es que la tiranía parece ser una importación del Asia. Su mismo nombre no es griego; la palabra griega para el rey era *basileus*, mientras que *tirannos* es posible que derivara del lidio *turannos* y, por lo tanto, sería una voz más bien hitita que griega. El nombre tirano es, pues, de origen colonial, como en España se adoptó la palabra cubana *cacique* para indicar al que se erige en jefe político de un grupo o colectividad. Una tradición, conservada por Euforión, dice que el primer tirano fué el rey Giges de Lidia, y Arquiloco, un poeta contemporáneo de Giges, canta diciendo: "No quiero como Giges ser dorado, ni quiero como Giges ser tirano . . ." relacionando ya la tiranía con el oro y las riquezas.

Y llegamos al tercer punto, que es el más importante: Giges ha sido a menudo presentado como el primer monarca, conocido por los griegos, que acuñó moneda. Herodoto empieza su relato sobre la invención de la moneda diciendo: "Los lidios fueron los primeros en acuñar y usar monedas, y añade que éstas eran de oro y de plata, o mejor dicho, una mezcla de ambos metales, que es el *electrum*. Jenófanes, al que ya hemos

mencionado como el más antiguo escritor que nombra a Homero, cree también que los lidios inventaron la moneda. Así, pues, desde el primer momento, con el nombre de Giges, rey de Lidia, la tiranía va asociada a las riquezas.

Con estos tres puntos bien establecidos, resulta más fácil entender el fenómeno de la tiranía en Grecia, que a primera vista parecía ser solamente una reacción hacia la monarquía. Los tiranos son el resultado de una transformación industrial en el mundo griego, como consecuencia de la democracia; además, la moneda facilitó la acumulación de grandes riquezas, que inevitablemente tenían que procurar el poder material, y también el político, al que sabía aprovecharse de las nuevas formas del trabajo e intercambio.

José Pijoán

("Historia del Mundo". Tomo II).

## Referencias

. . . sobre la mesa un solo libro: los comentarios del Padre Alonso de Andrade a los *Avisos espirituales* de Santa Teresa: libro de tan apacible y fluida prosa.

. . . no percibir, cuando abre el libro, el profundo encanto de esta prosa tan sencilla y sedante de Andrade en sus comentarios a los *Avisos*. — Citas de AZORIN.

. . . el chileno don Vicente Pérez Rosales en el capítulo XI de sus interesantísimos *Recuerdos del pasado* (1814 - 1860). — Cita de M. de UNAMUNO.

Hay en el endeble teatro de Cervantes, tan curioso por su tendencia a lo fantástico y maravilloso (hecho singular en el *realismo* del autor), una comedia en tres jornadas, no de las más conocidas . . . Se llama *La casa de los celos y selvas de Ardenia*. — Cita de José Ma. CHACON Y CALVO.

El *Idearium español*, del malogrado y genialísimo Ganivet, ha sido acaso el libro que más ideas me ha sugerido en torno al casticismo castellano . . . — Cita de M. de UNAMUNO.

. . . , dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado*. — Cita de M. de UNAMUNO.

J. Pijoán

*Mi Don Francisco Giner*  
1906-1910

Ediciones del *Rep. Am.*

SAN JOSE DE COSTA RICA

Precio del ejemplar: ₡ 2 (0.50 oro am.)